

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 21 de la Moda.

1870. — Tomo XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 929.

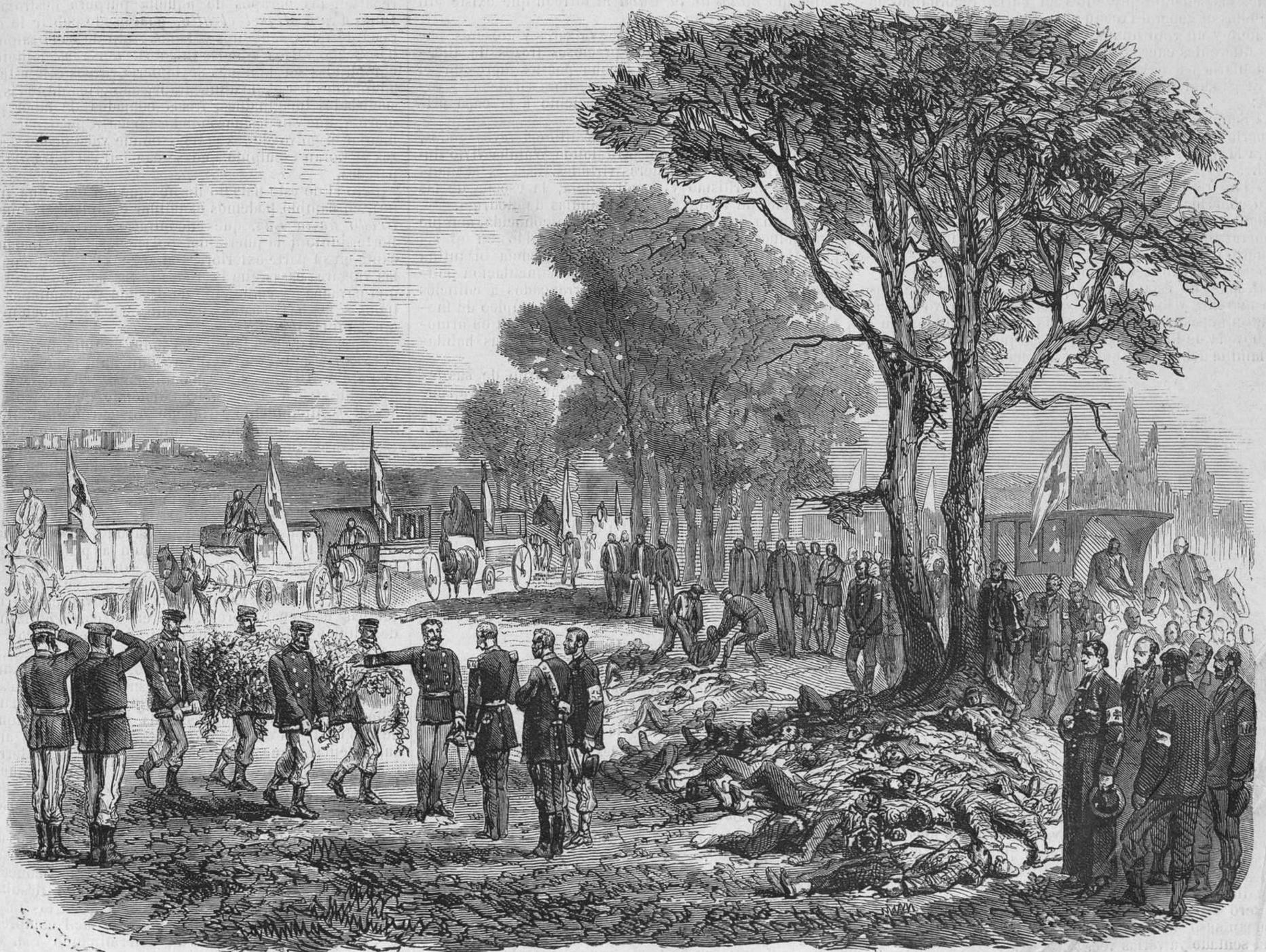
Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

El general Guilhem, muerto en Chevilly; grabado. — Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo. — La defensa de París; grabado. — Salida de M. Gambetta en el

globo « Armand Barbès »; grabado. — Revista de París. — La muerta resucitada. — Ascension de un globo-correo en Montmartre; grabado. — Instalacion de los empleados del ferro-carril del Este en los wagoes; grabado. — Los « Enfants de París » organizados para el servicio de los despa-

chos, las bombas y barricadas; grabado. — La catástrofe de Grenelle; grabado. — Escenas de la vida inglesa. — Cuadros parisienses; grabados. — De Villahermosa á la China. — Episodios de la revolucion del 4 de setiembre; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



El cuerpo del general Guilhem, muerto en Chevilly, entrega lo por los prusianos á la Sociedad internacional, el 2 de octubre

El general Guilhem, muerto en Chevilly.

El general Guilhem, que ha sido una de las primeras víctimas del sitio de París, se recomendaba como ciudadano y como militar por las mas eminentes y raras cualidades. Partió como alistado voluntario á los diez y nueve años, y ganó cada uno de sus grados en los campos de batalla de Africa, Crimea, Italia y Méjico, mereciendo por todas partes citaciones en la orden del día.

Era querido de todos los militares que estaban bajo sus órdenes, á causa de su espíritu de justicia y de su vigilante solicitud por sus necesidades; así es que podía esperar todo de ellos cuando se trataba de marchar al enemigo.

Se ha podido notar mas en el ataque de Chevilly, en donde su brigada hizo prodigios de audacia bajo el fuego mas mortífero. Verdad es que el general no se economizaba á sí mismo, y consideraba como un estricto deber el dar el ejemplo.

Ejercía un mando en los Estados romanos en el momento en que estalló la actual guerra, y nadie fué tan feliz como él de la evacuacion que entonces se ordenó. Había recogido muchas notas sobre el gobierno del papa, y las reflexiones que las acompañaban prueban que tenía en alto grado la inteligencia de las necesidades políticas que aconsejaban á la Francia el renunciar al papel que el imperio hacia representar al ejército, frente á frente del poder temporal.

Si la capacidad era grande en el general, cuya pérdida debe ser tan sensible, su moralidad era mas grande todavía, y á menudo se le oía deplorar la especie de flojedad que el poder personal había producido en la conciencia y en los caracteres.

El general Guilhem tenía cincuenta y cinco años; deja una viuda y dos niños, y si alguna cosa pudiera endulzar la amargura de esta familia desconsolada, es la certidumbre de que este oficial no ha muerto enteramente, porque la historia del sitio de París escribirá gloriosamente su nombre.

El cadáver del general quedó en poder de los prusianos despues de la acción de Chevilly, y fué entregado á la Sociedad internacional del modo que se representa en nuestra lámina.

Desde su llegada á París, el cuerpo del general había sido embalsamado y depositado en una pequeña capilla del palacio de la Industria, en donde un capellan lo veló toda la noche.

El descubrimiento del cadáver tuvo lugar delante de todos los generales presentes en París, recordando entre ellos al general Trochu y su estado mayor, al general Linier y un gran número de oficiales pertenecientes á los diferentes cuerpos de ejército, á la guardia nacional sedentaria y á la guardia móvil.

El general Trochu pronunció las palabras siguientes:

« Señores: En la hora presente el aparato de la muerte nada tiene que deba espantarnos. Nuestro deber para la mayor parte y nuestro porvenir para todos está ahí...

» Las frases de convencion y de conveniencia serian mal colocadas en estos momentos: no diré, por consiguiente, ni una sola palabra delante de este féretro: el general Guilhem ha vivido bien, se ha batido bien y ha muerto como un valiente.

» Señores: lo recomiendo á vuestro recuerdo. »

Despues de esta oracion fúnebre el cortejo se puso en marcha, y los despojos mortales del bravo general fueron depositados en el palacio de los Inválidos, en la bóveda de los mariscales, hasta que sean remitidos á la familia del difunto que los ha reclamado.

R. S.

Las generaciones artísticas

EN LA CIUDAD DE TOLEDO.

(Continuacion. — Véase el N° 928.)

Es el caso, que el ilustre prelado San Ildefonso había defendido el misterio de la Inmaculada Concepcion con singular éxito. Sabida de todos es la recompensa que la Virgen le dió bajando ella misma *en carne mortal*, como dicen los teólogos, para ponerle una casulla. Pero Recesvinto quería celebrar la elocuencia del prelado de otro modo un poco mas mundano, con una fiesta á la vez civil y religiosa en la basílica de Santa Leocadia, donde estaba enterrada la interesante mártir.

Acudió todo el pueblo cristiano y algunos judíos; porque los edictos habían producido muchos falsos devotos. La iglesia estaba llena y era de seguro mas capaz que la actual. La mujer (*santera*) que hoy la enseña, dice refiriendo el suceso, que allí cabía *toda la gente toledana*, lo cual parece muy hiperbólico, con perdon sea dicho de aquella respetable dueña.

Pero sigamos nuestra tradicion. El rey y el santo ocupan sus asientos en el ábside, en cuyo circuito se han sentado ya varias veces los ilustres padres del con-

cilio. Mas en lo mejor de la fiesta se abre el sepulcro de la Santa (la santera dice que la piedra eratan grande que treinta hombres no la podrian levantar); salió fuera con asombro y terror de todos, tocó la mano del obispo, y dijo:

— Ildefonso: por tí vive mi señora.

Ya la muchacha se tornaba á su sepulcro, cuando al rey y al prelado se les ocurrió que convenia quedara algun testimonio material de tan extraño caso. Recesvinto sacó su daga y la dió á San Ildefonso, que cortó un pedazo del velo de la Virgen mártir. El pedazo de velo y el cuchillo se enseñan hoy á la atónita devocion de los que visitan la Catedral.

Esta es la mas vieja tradicion que va unida á la basílica de Santa Leocadia. Cuando examinemos en las generaciones árabe y castellana, las construcciones que han sustituido á la antigua Iglesia visigoda, veremos otras nuevas é interesantes leyendas, referidas siempre á este sitio, que sin duda debió impresionar vivamente las imaginaciones populares.

Sigamos ahora la línea de las murallas desde la puerta del Cambron á la del Sol, y aquí encontraremos otro templo igualmente inmortalizado por las consejas, el *Cristo de la Luz*, que antes de ser mezquita como hoy le vemos, fué tambien templo godo, probablemente de la forma latina, que despues los muzárabes adoptaron para las sinagogas y las parroquias cristianas.

En tiempo de Atanagildo ocurrió allí un portentoso suceso. Había en la puerta un Cristo, sin duda una de esas toscas esculturas de los primeros tiempos, en que tan difícil es reconocer los caracteres de la figura humana. Acertó á pasar por allí un judío petulante y de buen humor y le dió una lanzada al Cristo. Pero hé aquí que el Cristo de palo empieza á echar por la herida un copioso raudal de sangre, el judío se convierte, y el maudito caso corre de boca en boca, y al través de cincuenta generaciones llega hasta nosotros.

Otra version existe en la literatura popular. Segun ella, dos judíos llamados Sacao y Abisani, robaron el Cristo y fueron apedreados por el pueblo.

Esta es mas verosímil que la que sirve de fundamento al nombre de *Cristo de la Luz*, con que se designa aquel monumento. Cuentan que al ser tomada la ciudad por los moros, ardia una lámpara ante un Crucifijo que dentro había, permaneciendo encendida durante los trescientos setenta años de la dominacion sarracena.

Volvamos á la parte occidental en busca del segundo palacio godo. Junto á San Juan de los Reyes y lindando con la márgen del rio, existen las ruinas del convento de San Agustin. Las crónicas han supuesto allí la residencia de los últimos reyes visigodos; y la tradicion, llamando *Baños de la Cava* al torreón que existe allí cerca, confirma este aserto.

Destruyamos lo que resta de vulgares y groseras paredes, y descubriremos allí preciosos trozos de alcatado, que son del palacio hecho por los moros en el solar del antiguo. Eliminemos esta obra sarracena y recompongamos el palacio perteneciente á la capa primera.

Este palacio, residencia de los últimos reyes godos, no es lo mismo que aquel otro donde Wamba vivió durante un reinado de austeras virtudes. Esta es la mansion del sibirismo y la corruptela, la escena de las crueldades de Witiza y de las crápulas de Rodrigo.

Su forma nos es completamente desconocida, aunque por induccion y suponiéndole construido en el siglo VII, podremos afirmar que la influencia bizantina había llegado ya, y que el lujo de ornamentacion polícrómata, el oro y los mosaicos, arrancados á edificios romanos, la espléndida decoracion y el empleo de metales preciosos y finísimos estucos, le ponian en armonía con el carácter disipado y sensual de sus habitantes.

Rodrigo tenía allí sin duda el escondrijo de sus fúnestas voluptuosidades, y sin duda reunió en tan apacible recinto todo lo cómodo, lo rico y lo supérfluo que las artes de su época podian suministrarle. Se cuenta que allí encontró Tarik veinte y cinco coronas cuajadas de perlas y una multitud de riquísimos objetos, que luego dieron origen á serias contiendas entre los dominadores al tratar de repartírselas.

Un día desde las ventanas de su morada vió Rodrigo una doncella que se bañaba en el rio; y á esta aventura que la historia no ha podido investigar bien, va unida la pérdida de España.

Sentadas á la redonda,
La Cava á todas les dijo,
Que se midieran los brazos
Con un listón amarillo.
Midiéronse las doncellas,
La Cava lo mismo hizo,
Y en blancura y lo demás,
Grandes ventajas les hizo.
Pensó la Cava estar sola;
Pero la ventura quiso
Que por una celosía
Mirase el rey Don Rodrigo.

El resto de la historia es bien conocido, con la problemática traicion del conde Don Julian. Respecto á lo que hay de particular y doméstico en estos hechos y en los amores de Rodrigo, inmortalizados por fray Luis de Leon, la historia no ha hecho mucha luz. Pero le basta

conocer la triste evidencia del Guadalate, donde Rodrigo se presentó, como todos los reyes petulantes y corrompidos, haciendo alarde de un lujo que hubiera avergonzado á Wamba.

Entre tanto no salgamos de nuestra ciudad. Un día, el Domingo de Ramos del año 712, todo el pueblo baja á la vega á celebrar la fiesta en la basílica de Santa Leocadia. Tarik sorprende á Toledo; y los judíos, cuyo resentimiento hacia los cristianos españoles aumenta cada día, le abren las puertas de la ciudad. Los toledanos son sorprendidos y un gran número de ellos perece en la basílica, inmolados por la saña de los invasores. Así se cuenta en antiquísimos libros, aunque la crítica juiciosa supone que Toledo se rindió despues de un dilatado asedio, no siendo posible aquella sorpresa de teatro, referida con tanta candidez por los cronistas.

III.

Ya España es árabe, excepto en el pequeño rincón de Asturias. Ahora comienza en Toledo la segunda generacion artística, la segunda capa. Para comprenderla bien hagamos lo que hicieron los moros, derribarlo todo, templos, palacios, murallas. Los vastos edificios de Wamba y Rodrigo, son abatidos para dejar el sitio á otros nuevos, y las basílicas son reformadas ó construidas de nueva planta; las casas se disponen en apiñada confusion, las calles toman esa forma tortuosa que tanto caracteriza el modo de vivir de los árabes, y por lo general aumenta la suntuosidad, especialmente en los interiores.

Los cristianos que permanecen en la ciudad bajo el yugo de los invasores, pueden ejercer su culto: y conservan seis iglesias, que aun llevan el nombre que á ellos les daban, *muzárabes*. Entre tanto la mezquita (antigua basílica) se adorna con la decoracion oriental, resultado de lo que los dominadores han aprendido en Persia, y lo que han visto en Bisacena.

En el siglo X, tenemos la ciudad toda completamente nueva. La segunda capa se ha formado por completo, dejando pocos rastros de la primera. Aunque mas cercana á nosotros que la antigua, necesitamos para llegar á ella hacer las mismas difíciles y peligrosas restauraciones imaginarias.

Para llegar al palacio de las *Tornerías* y al del *Temple*, es preciso apartar las innobles casuchas que los obstruyen, ocupándolos en parte, tapiándolos, oscureciéndolos, estrechándolos en un laberinto de tapias mugrientas, donde habitan enjambre de mendigos, que se reparten los harapos de aquella púrpura destrozada. Junto á *San Miguel el alto*, podreis descubrir lo que resta de estos opulentos palacios: allí de cada salón se han hecho varios tabucos infectos: véanse las columnas empotradas en tabiques de tapiería, arcos sin estuco, admirables trozos de almocárabe, cubiertos de todas las suciedades imaginables, frisos cuajados de labor primorosa, que van desmoronándose poco á poco para aumentar el polvo de los patios, donde yace hecho pedazos el Koran esculpido que se cae letra á letra de las paredes.

Pero si de este palacio no nos quedan mas que girones, en cambio podemos examinar completo el famoso *Cristo de la Luz*, que encontrareis allí en la parte norte, junto á la puerta del Sol; iglesia tan insignificante en su parte exterior, que apenas se distingue de las vulgares casas que le rodean. Su aspecto es el de una covacha; y como sitio de oracion y ceremonias religiosas apenas basta para satisfacer la devocion de una familia numerosa.

Ya recordareis la fábula del judío que dió la lanzada al Cristo, y la otra mas inverosímil aun, de cierta luz que ardió 370 años sin consumirse. Si esto no fuera un disparate físico, se refutaría diciendo que el edificio actual es enteramente sarraceno y construido durante la dominacion, siendo por lo tanto cosa segura que la antigua iglesia fué derribada por los invasores. Pero no intentemos destruir lo que por fuerzas humanas no puede ser destruido, una tradicion legendaria que lleva ocho siglos de depósito en la mente del pueblo.

El *Cristo de la Luz* es muy pequeño, pero su disposicion no tiene nada de sencillo, siendo un exacto testimonio de la influencia bizantina en las primeras construcciones árabes. Descartando el santuario, que es extraño al resto del edificio, tenemos en su planta un cuadrado perfecto. En el centro se elevan cuatro columnas con cuatro arcos, que en el corte horizontal del edificio determinan dos cuadrados concéntricos.

Este arco y la pequeña bóveda á que da origen, es el elemento generador del edificio, como en la grande *aljama* de Córdoba, en que el mismo arco multiplicado hasta una proporcion enorme, engendra aquella maravillosa combinacion, que recuerda las multiplicaciones de la óptica. En el *Cristo de la Luz* no existe el arco suplementario que vemos en la mezquita de Abderramen; pero sí una cosa que se asemeja mucho á aquella rarísima forma.

El edificio puede decirse que consta de dos pisos. Imaginaos cuatro paredes formando un prisma: en el interior ponen cuatro columnas equidistantes de los ángulos, sobre estas columnas cuatro arcos, sobre estos arcos cuatro paredes, y tendremos dos prismas concéntricos unidos por dos arcos en cada ángulo. Resultan doce arcos, los cuatro torales y los ocho de los ángulos: estos arcos determinan, como es fácil comprender, seis naves que se cruzan, determinando á su vez nueve bóvedas. Pero las cuatro paredes del prisma in-

terior tienen unas grandes ventanas, que hacen en la parte superior del prisma lo que los arcos torales en la parte inferior, es decir, comunicar entre sí los nueve recintos cubiertos con las nueve bóvedas de que hemos hablado. De estas, la central se eleva más que las demás y está trasparentada en todos sus lados por ajimeces de herradura.

Las cúpulas están cruzadas por aristas y venas, que sirviendo de sosten indican la poca confianza que en su arte de construir tenían los árabes durante este primer período.

Como vemos, la forma del edificio es distinta de la de todos los templos que conocemos. Predomina aquí la forma cuadrangular y simétrica en sus dos cortes de latitud y longitud, á diferencia de todos los templos clásicos, góticos y latinos, en que la longitud y la latitud afectan disposiciones diferentes, aunque con gran acierto combinadas.

Cuando fué edificado este extraño recinto, que apenas tiene 22 pies en cuadro, la arquitectura arábiga hacia su primer ensayo, su primera tentativa, no de tanto éxito como la que creó en Córdoba la gran aljama de Occidente. Los árabes mostraron allí los primeros indicios de su originalidad; pero también se echa de ver que no han olvidado las impresiones que trajeron de Oriente.

De la ornamentación no queda nada. El yeso nivelador se ha encargado de tapar las profanidades musulmicas, cuya brillantez voluptuosa ofendía tal vez la recata la severidad de nuestro culto; pero conociendo el famoso *mihrab* de Córdoba, nos es fácil suponer lo que podía ser aquello, ornado con grecas y resaltes de oro y azul, con mosaicos orientales, y tal vez con jaspes romanos, hermanos de las cuatro columnas que sostienen la fábrica.

¡Qué bello debía ser aquel pequeño recinto, dividido en nueve espacios por arcos y ventanas que trasmitían la luz descompuesta y templada por la viveza y la variedad de tan vistosos ornamentos! Aquel interior es una jaula, donde la exactitud geométrica, unida á las combinaciones del decorado, formarían un espectáculo de encantadora confusión, semejante á la que nos causan esas figuras lineales con que han adornado sus admirables azulejos.

Es un verdadero recinto de encantamiento, un pequeño laberinto desarrollado en las tres dimensiones, algo de rompecabezas, un juguete ingenioso para dar tortura al entendimiento, una sencillísima forma que viene á ser, por la combinación de sus líneas, la más complicada y múltiple.

Sigamos examinando la ciudad secundaria, para lo cual es preciso reconstruir otro gran palacio. Busquémosle en el sitio en que vimos al principio la basilica pretoriense de San Pedro y San Pablo y el alcázar de Wamba. Las ruinas del edificio árabe, que allí existen todavía con el nombre de *palacios de Galiana*, son de una antigüedad problemática.

La crítica de juiciosos arqueólogos le hace datar del tiempo de Don Alfonso XI; pero la tradición y la literatura popular, relacionando aquel sitio con una aventura caballeresca, nos obliga á no separar el edificio del cuento.

Ambos se conservan en el nombre que llevan aquellos vestigios; y nosotros, seguros de que al separar de los que hoy se llaman *palacios de Galiana* la historia que les da nombre, perderá aquel sitio todo su interés, les conservamos juntos. Vamos al cuento.

Aun pertenecía Toledo al califato de Córdoba, cuando uno de sus gobernadores, llamado Alfahri, se rebeló contra Abderramen. Este hombre ha quedado en el Romancero con el nombre de Galafre, y de este era hija la hermosa Galiana, de tan seductora y acabada hermosura, que no se le igualara ninguna otra mujer de la tierra.

Galafre era un moro petulante y vanidoso, aunque bien querido entre árabes y cristianos. Los romances y las crónicas le pintan con ese singular colorido que ha dado la caballería andante á sus figuras de moro, creando un ser híbrido y extraño, en quien se reúne el carácter oriental con algo de mitología, un moro de sainete y de figuron, un poco parecido á los Reyes Magos y al califa Haroun-Al-Raschid.

Galafre amaba tanto á su hija, que le construyó un palacio para que se deleitase, llevando allí todas las maravillas de su tiempo, y embelleciéndolo con los más amenos jardines, y con un artificio ingeniosísimo que llaman el *orologio* ó reloj de agua, mediante el cual, unos estanques, llenándose y vaciándose convenientemente, marcaban el movimiento lunar.

De todo esto disfrutaba Galiana, sin dar muestras de mucha alegría. En todas estas viejas historias, archivadas en la memoria de nuestras abuelas, aparece siempre utilizando ese elemento dramático de la princesa hermosa y rica que no está contenta y se muere de melancolía.

Pero el moro quiere que se case á toda costa. Vienen pretendientes de todos los ángulos de la tierra, pero ninguno tiene la suerte de agradar á la princesa del orologio. Esto hace sospechar que no es Galafre el único moro que juega en el cuento. El padre, contrariado y ofendido porque su hija desprecia á tanto respetable morazo como ha venido de Traposonda, del Ganges y de la insula Trapobana, está que no cierra el ojo, ocupado en vigilar las entradas y salidas del palacio, á ver si descubre algún amante, ó si siente ruido de laudes ó cuchicheo de voces enamoradas. Pero nada descubre. Va de la puerta de Perpiñan á la de *Doce Cantos*, se estaciona en la puente de Alcántara, ronda las tapias de

la *Huerta del Rey*, y no encuentra nada. Galiana, evidentemente, no tiene amante conocido.

Entre los muchos moros que han venido á pretenderla, hay uno llamado Bradamante, rey de Guadalajara, de quien dice un antiguo historiador toledano que era *un moro feroz, agigantado y valiente*. Bradamante está ciegamente enamorado de la hermosa Galiana; pero esta no le puede ver ni pintado, por más que él, valiéndose de su amistad con Galafre, entra en la casa, la galantea, la persigue, y no le da punto de reposo con sus indiscretas y fastidiosas ternezas.

Pero hé aquí que un nuevo personaje se presenta en escena. Es el gran Carlomagno, el rey de carton que juega en todos los retablos de figurillas caballerescas. Carlomagno viene con sus Doce Pares y el arzobispo Turpin á hacer una visita á Galafre el Magnífico, Soldan de Toledo, emperador de la Carpetana, el cual les aloja en su palacio y les obsequia como quien son y como quien es. Esta llegada de Carlomagno sería inoportuna en el cuento si ahora no se enamorara de Galiana y Galiana le correspondiera, con gran desazon del emperante de Guadalajara, que no hace otra cosa que jurar y echar ternos, invocando á Alá, á Mahoma y otros *falsos dioses*.

El francés está amostazado y daría la mitad de su imperio por poder hacer un picadillo á Bradamante. Un día en la mesa se traban de palabras, vienen á las manos; Galafre tiene que interponerse, llevándose de pasada y sin querer, un furibundo pasa-gonzalo. Los dos rivales salen al jardín, riñen, y Carlomagno mata al otro, le corta la cabeza como si fuera un nabo, y se la presenta á su amante. Siempre dirimen así sus querellas los héroes de carton en la literatura caballeresca. La historia dice que la hermosa Galiana *recibió el presente muy gustosa, tanto por la valentía de su amante como por verse libre del que aborrecía*. Carlomagno pidió á Galafre la mano de su hija; esta se convirtió, casó el obispo Cixila, y los esposos se fueron á Francia.

Esta es la absurda leyenda que da á aquel sitio el nombre de *Palacio de Galiana*.

No afirmamos que tenga el mismo valor histórico el famoso *orologio* construido en los jardines, de cuya amenidad y frescura dan testimonio los toledanos. En una geografía arábiga del siglo XIV se cita á Toledo como poseedora de dos cosas raras y notales: una es que el trigo se conserva setenta y más años sin corromperse; otra es el prodigioso reloj de agua.

Segun esta geografía y otros libros, construyó el aparato un matemático llamado Azarqel, imitándolo de otro que vió en Arin, ciudad de la India occidental. Oigamos la descripción del geógrafo, que es tan ingeniosa como sencilla.

« No bien se dejaba ver la luna nueva, cuando por medio de conductos invisibles empezaba á correr el agua en los estanques, de tal suerte, que al amanecer de aquel día estaban llenas sus cuatro séptimas partes, y que al anochecer había un sétimo justo de agua. De esta manera iba aumentando el agua en los estanques, así de día como de noche, á razon de un sétimo por cada veinte y cuatro horas, hasta que al fin de la semana se encontraban los estanques á mitad llenos, y en la semana siguiente se veían llenos del todo hasta el punto de rebosar el agua. Venida la catoreena noche del mes, y cuando la luna empezaba á menguar, los estanques se iban vaciando del mismo modo y en la misma progresión que se habían llenado. Cumplidas las veinte y una noches y los veinte y un días del mes, ya no quedaba en los estanques más que la mitad del agua, menguando cada día y cada noche hasta cumplirse los veinte y nueve días del mes, hora en que quedaban de todo punto vacíos. »

Este era el orologio, aparato que despues llamó vivamente la atención de los españoles, y con especialidad de Alfonso VII, que queriendo conocer su misterioso mecanismo, mandó á un judío que lo examinara, y el judío se dió tal maña que lo desbarató, no volviendo á funcionar hasta la fecha.

Por lo demás, de los palacios de la Galiana no restan sino algunos arcos, no suficientes para dar idea de su forma primitiva. En la cocina de una de las casas que, aprovechando sus paredes, se han formado, se ve un precioso arco, que no parece anterior al último período de la arquitectura sarracena. Dudoso es que Alfahri ó Galafre edificara este palacio; porque en su efímero reinado apenas tuvo tiempo para defenderse de su legítimo dueño el califa de Córdoba. Pero la imaginación se complace en colocar en aquellos recintos, hoy húmedos y destrozados, las sombras de Carlomagno y Bradamante, tan caballero y valeroso aquel, como este impertinente y petulante.

La época más floreciente para la ciudad durante los trescientos setenta años que estuvo en poder de los moros, es la de Alimaimon, llamado vulgarmente Almamum. A su corte vino pidiendo hospitalidad Alfonso VI, el que despues había de conquistarla. Las disensiones á que dió lugar el imprudente testamento de Fernando I, encendió en Castilla y Leon una guerra que no terminó como es sabido, sino con el asesinato de Don Sancho junto á los muros de Zamora. Alfonso huyendo de su hermano, se acogió á la corte de Almamum, y allí le vemos, segun el testimonio de todas las crónicas, enlazado con sincera amistad al monarca musulman.

En Toledo estaba Alfonso,
Hijo del rey Don Fernando,
Huido está por el miedo

Del rey Don Sancho su hermano.

Acogióle Alimaimon,

Que Toledo es su reinado.

Mucho quiere á Don Alfonso:

De moros es estimado.

La amistad del rey toledano, y del que despues conquistó la ciudad, es cosa cierta. Además consta que Almamum le dió á Brihuega para que residiera con los que le habían acompañado.

La residencia del príncipe castellano en Toledo ha dado origen á otra leyenda que explica la causa de ser llamado Don Alfonso *el de la mano horadada*.

Almamum y su huésped visitaron un día las murallas, las fortificaciones, las torres de aquella ciudad, justamente tenida entonces por inexpugnable. Al volver al palacio Alfonso, rindiéndose á la fatiga, se acuesta. El moro quedó departiendo con los suyos sobre la excursión que acababan de hacer.

— ¡Qué fuerte es Toledo! decía uno.

— Todos los ejércitos del mundo no la tomarían, decía otro.

— De un modo se puede tomar, exclamó un tercero; y es cercándola por hambre; porque con siete meses sin trigo la ciudad se rinde.

En esto advierten que Alfonso duerme muy cerca de allí, y sospechan que fingiendo el sueño, habrá escuchado toda la conversacion y sabrá el modo de ganar á Toledo. En efecto, Alfonso no dormía. Para saber si el príncipe velaba fingiendo, uno de los moros concibe un ingenioso ardid, que consiste en echarle plomo derretido en la mano; y lo dicen muy alto para ver si el cristiano, al oír el martirio que le preparan, rompe el disimulo y manifiesta, protestando contra tal barbaridad, que no dormía.

Pero Alfonso no chista y solo da un grito y finge un súbito despertar cuando el plomo hirviente taladra su mano. Así les hizo creer que dormía y que no había escuchado la peligrosa conversacion; pues los moros tenían resuelto matarle si adquirían la certidumbre de que había oído sus palabras.

Así lo cuenta un viejo romance. Pero ¿será preciso advertir que el calificativo de *el de la mano horadada* se dió á Don Alfonso para expresar sus larguezas y prodigalidad; para indicar que era lo que llamamos hoy un *maniroto*?

Retrocediendo un poco, hagamos en compañía del rey moro y de su ilustre huésped la visita de esas estupendas murallas y fortísimas puertas.

La primera que hemos de ver es la *Puerta del Sol*, que hoy puede ser apreciada en toda su belleza, gracias á una inteligente restauración. Este monumento indica una tentativa de los artistas árabes para llegar al completo dominio del estilo que les es peculiar. En esta puerta aparecen, aunque tímidamente aun y sin la soltura y belleza que despues les dió el más brillante desarrollo, los arcos entrelazados y los arcos quincefoliados, que despues aparecen con una profusion exuberante en las construcciones andaluzas.

A pesar de que la puerta es bastante maciza, indicando una gran solidez, la ingeniosa aplicación de un arco simulado sobre el de la entrada, le da singular esbellez y ligereza. Sus barbacanas, balcones y troneras son más propios de un palacio que de una fortaleza, lo cual hace creer que fué restaurada ó construida de nueva planta despues de la conquista; pues solo la puerta de Visagra, con su sencilla y ruda forma, con su aspecto de construcción puramente útil y de aplicación á la guerra, parece ser la única que se conserva intacta desde los tiempos del reino musulman.

Bajando á ella podremos recorrer la vasta línea de las murallas, que los árabes encontraron, restaurándolas y haciéndolas más seguras. Partiendo de dicha puerta hacia Occidente encontramos la de Almaguera, hoy tapiada. Entre esta y la del Sol corre un trozo de muralla llamado Azor, que guarnece la parte más alta de la ciudad. Mas allá de la Almaguera está el torreón de los *Abades*, junto al cual estuvo la puerta á que ha sustituido la actual del Cambrón, mas allá el puente de San Martín y el torreón llamado *los baños de la Cava*. Siguiendo la orilla del río, fortificada entonces también, hallamos la puerta de los Hierros, y mas allá, por bajo el Alcázar, la puerta de *Doce Cantos*.

No lejos de esta la famosa puerta de Alcántara, construida entonces más hacia el Sur. Desde aquí se desvía del Tajo la línea de fortificaciones, y se dirige de Oriente á Occidente hasta debajo del Miradero, donde está la puerta de Perpiñan, y de aquí describe un ancho círculo para ir á unirse á la puerta de Visagra, de donde partimos.

Dentro de este vasto recinto encontraremos las calles absurdas, las casas sombrías en que se ha querido, por una especie de hipocresía, disimular la suntuosidad y el lujo del interior con la sencillez y severidad de las fachadas. En esta aglomeración confusa de casas se destacan las altas paredes de algunos palacios y las torres de muchas mezquitas, que no hay que confundir con estas torres muzárabes que hoy vemos, y son obra de otra generación. Las iglesias latinas son aun de más humilde aspecto que las de los árabes, y únicamente Santa Leocadia, sola en la dilatada vega, en el centro de un melancólico paisaje que tiene por fondo los cigarales, y por adorno el río, menos lóbrego y terrible allí que en la parte oriental, ofrece algun encanto á la vista, produciendo en el espíritu una sensación de agradable paz y dulce tristeza.

En el recinto de la ciudad, que entonces como hoy tiene la apariencia de una colmena, bulle y se agita un pueblo, que á su paso por esta tierra nos dejó muestras admirables de su elevado espíritu. Apenas le han permitido entregarse á las contemplaciones propias de su exaltado temperamento, las continuas luchas de sus reyezuelos y corrompidos walís. Parece, segun se agita, que no se siente dueño de la tierra que pisa, ni de aquel laberinto de habitaciones y callejuelas que ha formado como para ocultarse á sus propias miradas. Desde que estuvo allí *el de la mano horadada*, un presentimiento terrible se ha apoderado de la mente del pueblo agareno, que oye siempre de boca de sus alfaquiles los mas siniestros augurios respecto á la hospitalidad de aquel jóven fugitivo, que antes era príncipe perseguido y ahora es rey de Castilla y de Leon, despues del famoso juramento de Santa Gadea.

Los árabes han oido contar maravillas de aquel pequeño reino de Astúrias, fundado por un visigodo. Saben que ese pequeño reino se ha ido ensanchando poco á poco en tres siglos de lucha; que ya abarca la tierra

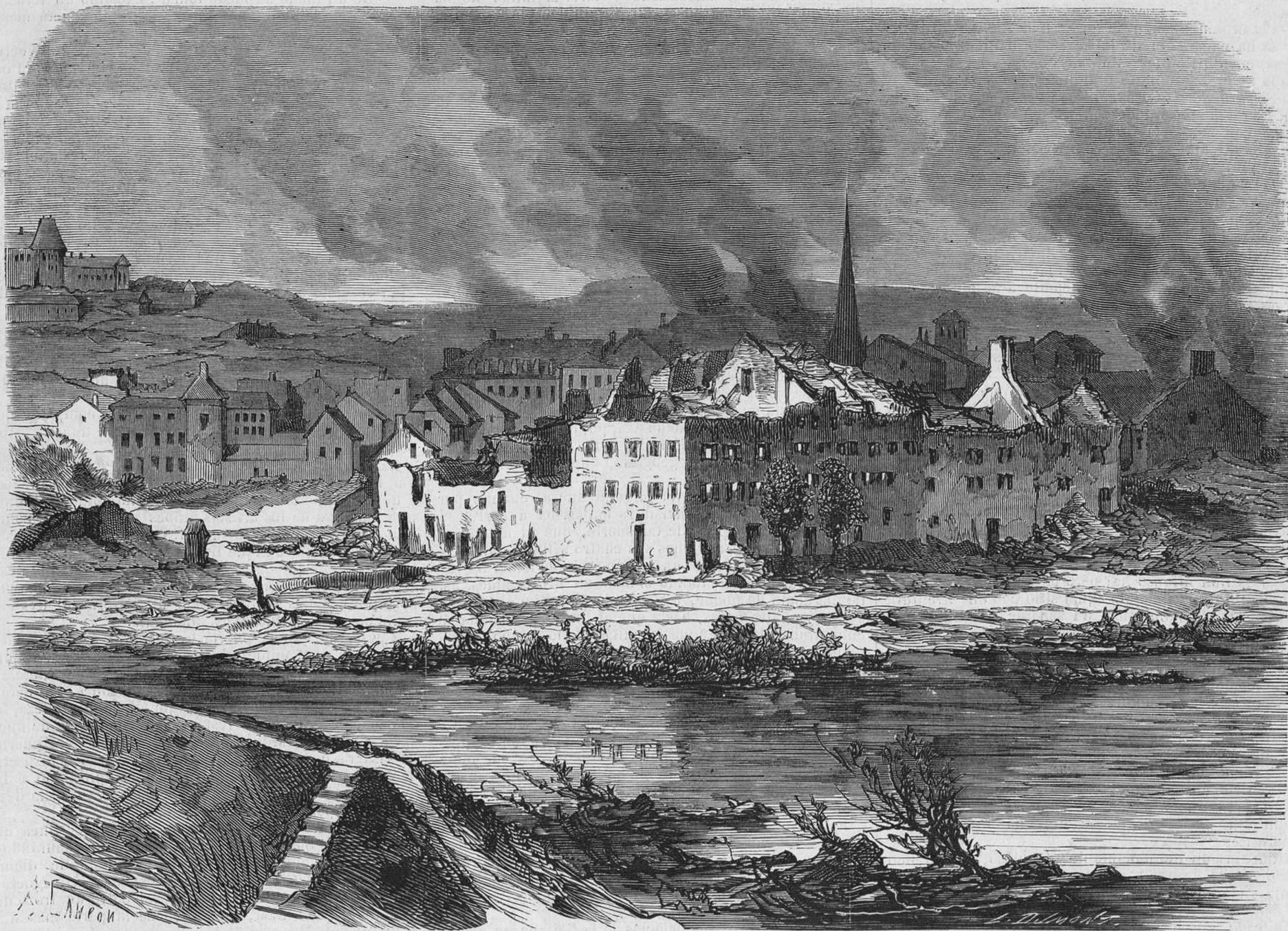
de Leon y la de Castilla; que ha pasado el Duero; que viene con sus ejércitos de héroes y sus cruces invasoras. Los musulmanes sienten mermado cada dia el suelo que pisan; y á todas horas, en los corrillos del Zocodover y en las encrucijadas de la Alcaña, oye contar las empresas fabulosas de un jóven á quien llaman el Cid, ya vencedor en Montes de Oca.

Allí vive tambien otro pueblo que oculta sus lágrimas en la oscuridad de Santa María de Alficeu y en la modesta nave de Santa Justa. Este pueblo, llamado muzárabe, siente en el suelo las pisadas de los caballos castellanos, que ya rodean el Pisuerga, pasan el Guadarama y se extienden por la gran cuenca del Tajo, hasta que en un dia de mayo del año 1085, todos los habitantes de Toledo, cristianos y musulimes, están en la muralla de Occidente, en la muralla de Azor y en todo el espacio que media entre la puerta del Sol y en la puerta de los Abades. Están mudos de ansiedad y sobresalto: se entienden solo con mirarse y señalan la línea del horizonte, formando la mas siniestra nube, el polvo que levantan los caballos del gran Alfonso VI.

IV.

El 25 de aquel mes entró el rey cristiano en Toledo con todo su ejército por la puerta vieja de Visagra. Suben la cuesta que conduce á lo alto de la ciudad, y al llegar frente al *Cristo de la Luz*, el caballo del Cid, el famoso Babieca se pára y se arrodilla. No hay fuerzas humanas que le hagan pasar de allí. Todos se asombran, y advirtiendo que hay allí una iglesia, el rey manda que se detenga la comitiva y que se diga allí la primera misa. Así se hace, y queda la iglesia consagrada. El rey en memoria del suceso, cuelga su escudo en la clave del arco del santuario, donde está todavía.

Ya Toledo es cristiana y castellana. Jahye, su último rey, se ha refugiado en Valencia. La dominacion musulmana ha recibido un golpe de muerte, porque ha perdido la llave de la comarca carpetana y la plaza mas importante del centro de la Península.



LA DEFENSA DE PARIS. — Destruccion de las casas situadas á la orilla del Bievre, cerca del bastion N° 85.

Con este importante suceso la total expulsion de los árabes no hubiera tardado tres siglos mas, si los turbulentos reinados de Don Pedro, de Don Juan II y de Enrique IV no hubieran quebrantado las fuerzas de la nacion.

En el órden político todo ha cambiado. Pero en las costumbres la trasformacion no es muy grande, porque los dos pueblos siguen hermanados por algun tiempo, prolongando hasta las épocas de la intolerancia aquella coexistencia de muzárabes y sarracenos, que caracteriza los cuatro siglos del imperio musulman en Toledo.

El arte árabe sigue despues de 1085 su natural desarrollo, como si aun continuaran las medias lunas tremoladas sobre la augusta ciudad, y en los siglos XII y XIII produce en ella, como en Granada y Sevilla sus mas bellas obras.

De modo que, para el arte, el período secundario de los monumentos de Toledo, lejos de concluir con la victoria de Alfonso, principia á completarse entonces, y á tomar el carácter propio que le lleva despues á su mas glorioso apogeo.

Veamos ahora lo que hizo aquí ese buen rey *de la mano horadada*. Alfonso VI era un leal caballero.

Educado en la desgracia, fortalecido con la experiencia que en las disensiones de su familia habia adquirido, sacó tambien de su amistad con Almamun muchas nociones de los afectos humanos, y no echó en saco roto la leccion de lealtad que le dió el Cid sobre el cerrojo de Santa Gadea.

Su natural bondad y el conocimiento de las cosas de la vida le indugeron á ser tolerante con los vencidos: así es que siempre estuvo dispuesto á acatar las estipulaciones que se hicieron al ser entregada la ciudad. Segun estas, los cristianos quedarian celebrando el culto metropolitano de Santa María de Alficeu, y la mezquita quedaria en poder de los moros para que celebraran en ella su culto. Al rey se le dieron los *palacios de Galiana, la huerta del Rey*, las puertas, murallas y fortalezas de la ciudad.

Negocios urgentes llamaron á Alfonso á Leon y dejó encargado el gobierno de Toledo á su esposa Doña Constanza y al arzobispo recién nombrado, don Bernardo, monge cluniense, que habia venido de Francia á España para reformar la Orden y era anteriormente abad de Sahagun.

Cuando se vieron solos la reina y el prelado, cayeron

en la cuenta de que era afrentoso que los moros tuvieran la principal iglesia de la ciudad y practicaran en ella su culto, con escándalo de los dominadores cristianos.

No se pararon en que el rey habia dado su palabra formal de hacer cumplir las estipulaciones; y las promesas de Alfonso eran sagradas. Pero la reina, aunque mujer fuerte, era blandisima devota, y el abad aunque de recto corazon, era intransigente y duro. Ambos se escandalizaron y resolvieron quebrantar el juramento del rey.

Oigamos cómo refiere su diálogo un antiquísimo romance:

Don Bernardo, ¿que hacemos?

Que la conciencia me agrava

De ver mezquita de moros

La que fué iglesia santa,

Donde la Reina del Cielo

Solia ser muy honrada.

Cuando esto oyó el arzobispo,

De rodillas se hincaba,
Alzó los ojos al cielo,
Las manos puestas hablaba:
— Gracias doy á Jesucristo
Y á su Madre Virgen Santa,
Que salís, Reina, al camino
De lo que yo deseaba.
Quitémosela á los moros
Antes hoy que no mañana;
No dejéis el bien eterno
Por la temporal palabra.

Dicho y hecho. Una noche convocaron al pueblo; el ejército se apoderó de la mezquita; echaron á los mo-

ros; pusieron altares y en la torre una campana para tocar á misa.

Los árabes viéndose heridos en su orgullo y ofendida su piedad, se alarmaron de tal modo, que su actitud causó gran susto á todo el pueblo en aquellos días. Gritaban y recorrían armados las calles pidiendo justicia; amenazaban, increpaban á don Bernardo, y por fin se resolvieron á mandar un emisario á Don Alfonso, que á la sazón estaba en Sahagun. Este al ver violada la estipulación que había jurado cumplir, se enfureció de tal modo, que la crónica dice al referirlo: « *E tan rabiosamente vino, que en tres dias llegó de Sant-Fagund a Toledo e era su voluntad poner fuego á la reina y al electo don Bernardo, porque quebrantaron la su fe é postura.* »

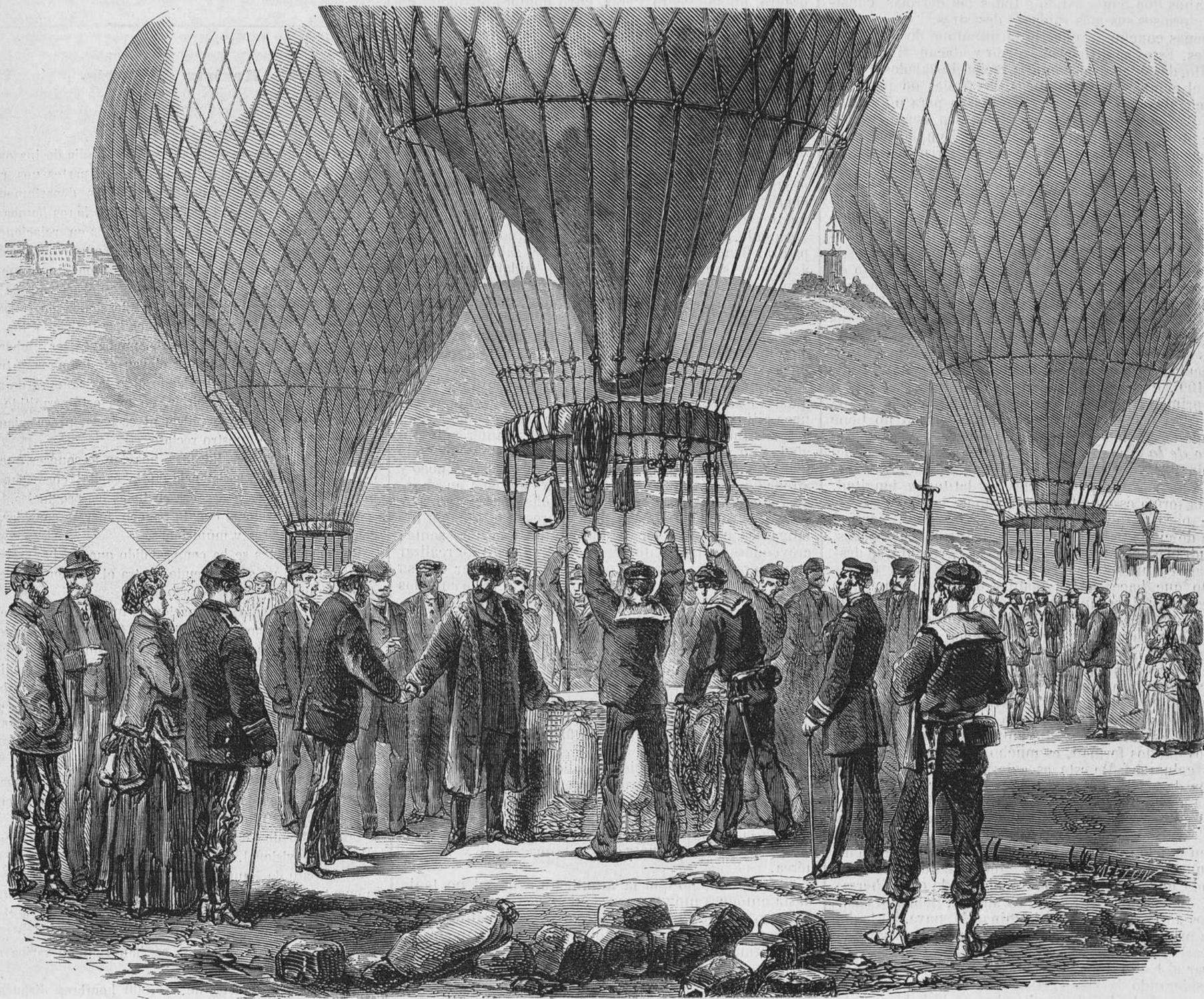
¡Qué algazara se armó en la ciudad cuando supieron que venía! Todos creen llegada su última hora, porque saben quién es aquel gran caballero, y saben lo que es

capaz de hacer cuando es lastimado su decoro. La reina no sabe á qué santo encomendarse: don Bernardo se ablanda y acobarda, y todos se figuran al rey dispuesto á ejecutar al pié de la letra aquello de *poner fuego á la reina y al electo obispo.*

Entre tanto los árabes, conociendo que el rey trae intención de hacerles justicia, resolvieron ceder; y aconsejados por ein Alfaquí, hombre ladino, astuto y sin duda muy práctico, determinaron dejar que la mezquita continuara en poder de los cristianos. Pero esta resolución fué secreta.

Los castellanos, la reina y el prelado, que ignoraban esta resolución, no sabían qué hacer para desenojar al rey, y ordenaron, para salirle al encuentro, una procesion en que desfilaron clérigos, abades, monges y nobles, la reina compungida y el cluniense corrido y en extremo temeroso.

El rey, luego que vió las dos embajadas de castella-



Salida de M. Gambetta, ministro del Interior, en el globo Armand Barbés.

nos y moros, se decide por estos, y les dice que *fará una venganza que será para siempre sonada en todo el mundo.* Arrodíllanse los culpables y entonces el Alfaquí se adelanta, toma la palabra, y pronuncia el mas pomposo discurso conciliatorio que jamás ha arreglado contiendas humanas.

Los moros satisfechos con la actitud de Alfonso decidido á hacerles cumplida justicia, consienten en dejar la mezquita á los cristianos. Todos se alegran. Los dominadores se han salido con la suya: pero el enojo del soberano les humilla. Los otros, quedándose sin iglesia, salen moralmente mejor librados.

Imposible es pintar la gratitud, la admiracion, el entusiasmo que excitó aquel Alfaquí tan prudente como previsor. ¿Sabeis cómo le demostró su gratitud la posteridad, que supo guardar con veneracion la memoria de tan gran servicio? Erigiéndole una estatua en el sitio mas honroso de la catedral levantada despues, en el santuario donde con el humilde pastor de las Navas

compaña los grandiosos sarcófagos de los Reyes Viejos. En este original ex-voto hay una sencillez encantadora, que pinta mejor que nada la pureza de sentimientos de aquella época.

No terminaremos la relacion de este sucesos, sin advertir que el primer acto de intolerancia religiosa, que tanto nos echan en cara los extranjeros, á veces con razon, fué cometido por dos franceses, por una reina devota y un fraile terco.

Cuando en aquellos mismos dias ocurrió la disidencia sobre cuál de los ritos habia de usarse en lo sucesivo en la iglesia toledana, mostró de nuevo don Bernardo su gran tenacidad. Sometida la cuestion al juicio de Dios (1), primero en un combate y despues arrojando los dos misales á las llamas, venció el mozárabe;

(1) Un tal Juan Ruiz de Matanza peleó por el rito mozárabe, y ganó.

pero don Bernardo queria á toda costa la adopcion del romano, y por último, con gran trabajo del rey y de todos los toledanos, se conservó el antiguo rito godo en las parroquias que estuvieron abiertas al culto durante la dominacion.

Tambien se dice del cluniense que quiso ir á las Cruzadas, porque era tan osado caballero como enérgico prelado; y solo las súplicas de su clero pudieron hacerle desistir de tal proyecto, guardando toda su bravura para los tiempos en que, atacada Toledo por los almoravides, defendió como un héroe el torreón de los Abades, aunque segun dicen las tradiciones, fué con la cooperacion de San Miguel, que se apareció como llovido en aquellos muros.

El insigne obispo murió en olor de santidad. Doña Constanza concluyó en Toledo su vida y allí fué herido en el alma Don Alfonso por la infausta muerte de su hijo mas querido acaecida en Uclés.

En su reinado se empezó á construir el Alcázar, se

repararon los muros de la línea de tierra; y entonces adquirió nuevo brillo la ciudad ilustre; recibiendo los elementos de su futura prosperidad, al acogerse en ella muchos nobilísimos caballeros, reunidos de todas las tierras, descollando entre ellos el progenitor de la casa de los Toledos don Estéban Illan, á quien suponen oriundo de Grecia y pariente de los Paleólogos.

Sigamos examinando la maravillosa justaposición que formó la segunda capa monumental de la antigua metrópoli.

Ahora vemos aparecer otro de sus mas curiosos monumentos, el castillo de San Servando, situado frente al puente de Alcántara, en el cerro opuesto á la ciudad. Alfonso fundó en aquel sitio un monasterio de Cluny; y ya fuera para defensa de la ciudad, ó para custodia de los pobres monges edificó aquella fortaleza, cuyos imponentes muros, despedazados é informes hoy, presentan durante la noche la mas espantable perspectiva.

Pero este castillo de San Servando, vulgarmente llamado de San Cervantes, nació con mala estrella. Su historia es una série de desgracias; pero como ciertos veteranos que han asistido á todas las derrotas, considera gloriosos sus mas ruidosos desastres.

Apenas concluido, ocurrió la intentona de los Almorávides. Estos se dirigen á Toledo y atacan el flamante castillo, despiden á los monges recién instalados y queman el monte. Desde entonces, los frailes no quisieron mas cuentas con fortalezas, y se fueron para no volver. Pero San Servando sufrió despues otro cerco, y mas tarde otro, hasta que ocupado por los Templarios, pudo detener con éxito las tentativas de la morisma, llegando á ser defensa y principal baluarte de la ciudad.

Volvamos ahora á la parte occidental de la ciudad, donde tienen los israelitas su populoso barrio y su célebre sinagoga, llamada Santa María la Blanca. El hebreo no tiene arte, porque no tiene territorio. Extranjero, en todas partes se ve obligado á adoptar el arte de sus huéspedes, y si deja muchas huellas de su paso en las naciones donde se establece, tambien recibe mucho de ellas. Así es, que la sinagoga que hicieron en Toledo, es un edificio árabe, que, en su forma general y en sus accidentes demuestra la aspiración de aquellos arquitectos á entrar en el pleno dominio del estilo que les es peculiar. Cuando se construyó (probablemente hacia 1100), existían aun las primitivas basílicas de los siete primeros siglos, y las tomaron por modelo en la disposición general del interior. Este templo no tiene ya nada de comun con la *Aljama* cordobesa ni con el *Cristo de la Luz*, en que se desarrollan las formas del edificio en un sistema cuadrangular, existiendo una gran simetría entre los cortes de latitud y longitud. Aquí la forma es longitudinal, como en las basílicas latinas; pero ampliada la antigua disposición, por ser ahora de cinco naves en vez de una ó tres. Estas naves, engendradas por un simple arco de herradura, se desarrollan en un solo sentido, sin haber aquel cruzamiento que hace de las plantas de los monumentos arábigo-bizantinos una verdadera cuadrícula. El techo completa esta forma extendiéndose como de una pieza, por todo lo largo de la nave, sin tener mas divisiones que las de su propia contextura.

Treinta gruesas columnas, no ya sacadas de escombros romanos, sino originales y características, sostienen veinte y ocho arcos, repartidos en cuatro series paralelas. Estos arcos son de una sutileza incomparable, porque el espacio que media entre los diámetros de los círculos que los forman, es mucho menor que el grueso de las columnas. De este espacio, en que está la conjunción de los estrados, parten las líneas que engendran en una airosa curva las treinta enjutas, adornadas con un elegante rosetón y unas labores llenas de gracia y sencillez. Sobre esta arquería corre un entrepaño, dividido en casetones de distinto tamaño, según caen sobre la columna ó sobre el arco; y encima del entrepaño se extiende una série de arcos trebolados de cinco herraduras, que aunque aparecen hoy sin luz, debieron estar abiertos antiguamente para iluminar la nave. El techo es una primorosa obra de carpintería, primer ensayo de aquel arte tan fastuoso como bello, que despues habia de crear el techo del Tránsito.

Considerando la sinagoga cuando la injuria de los tiempos, y el desden del hombre no la habian maltratado, debia ser extraordinariamente espléndido y pintoresco el interior de aquella nave, iluminada por los altos ajimeces, nave resplandeciente y misteriosa á la vez por el reflejo de sus alharcas, y la acertada disposición de todas las líneas, por la uniformidad que en ella reina, siendo al mismo tiempo variada y multiforme, sin las complicaciones y confusos laberintos que hacen del último período del arte árabe un sorprendente delirio.

Ocurre comparar este edificio de principios del siglo XII con las construcciones románicas que extendidas ya por Asturias y Leon, lo mismo que por Francia y el Rhin, comenzaban á apuntar entonces la transición á la ogiva, dando origen al maravilloso arte del siglo XIII. La sinagoga de Toledo es mas bella, mas ligera que los edificios románicos, todavia no desposeidos de la pesadez que conservaban de su bárbaro origen. La arquitectura sarracena indicaba á principios de aquel siglo mayor grado de cultura, una percepción mas pura de las formas absolutas, mas corrección y mas ingenio que las obras del Norte, contemporáneas suyas. Para encontrar igual grado de perfección en el estilo ogival, es preciso seguirlo en su desarrollo hasta mitad del siglo siguiente.

Desde la creación de Santa María el arte sarraceno

entra en el período de su apogeo. Tal era la fuerza de su genio, tal la impresión que sus bellas y originales formas produjeron en la mente del pueblo, que siguió en su desenvolvimiento sin ser afectado por las influencias del Norte que ya lo habian invadido todo hasta la misma Italia; se mantuvo con vida propia á pesar de la implantación en su suelo de la arquitectura ogival, luchó con esto largo tiempo sin ser vencido, ni vencerla tampoco; y solo espiró cuando el Renacimiento vino á destruir con el empuje de un vándalo y la fuerza propia de las nuevas ideas todas las obras del romanticismo, lo mismo aquellas de origen meridional y semítico que las setentrionales y germánicas.

La ciudad comienza á recibir ahora grandes modificaciones. Sus antiguas basílicas van cayendo en todo el siglo duodécimo, como cayó el rito godo: se restauraron algunos edificios y se levanta la primer torre muzárabe, la torre de San Roman. Los Templarios habitan el viejo palacio llamado del Temple, y ocupan el castillo de San Servando.

Llega el siglo XIII, y entonces ocurre un suceso importantísimo en la historia de la ciudad. Un hombre oscuro, un tal Pedro Perez, cuyo nombre no figura en ningún catálogo de artistas, ha derribado la antigua mezquita, y una vez limpio el solar, ha trazado allí un espacio de 404 pies de largo por 200 de ancho, fundando despues los cimientos de ochenta y ocho gruesos pilares. Solemne y grandiosa es la ceremonia de la colocación de la primera piedra. Un jóven, un caballero andante, que sueña con oscurecer la fama de sus mayores con la fama de sus hazañas, y conquistar al moro mas reinos que el Cid y Alfonso VIII; enardecido al mismo tiempo por el mas vehemente sentimiento cristiano; uno de los espíritus mas elevados de su época, heredero de las altas dotes de ánimo de su madre, hombre de recto carácter y pecho viril, San Fernando, preside el acto solemne y pone la primera piedra. Bendícela otro hombre ilustre, sabio y generoso á la vez, santo varón al par que hidalgo caballero, don Rodrigo Jimenez de Rada, que lo mismo ha brillado por su valor en las Navas de Tolosa, que por su elocuencia en el concilio Lateranense, autor de la primera *Historia de España* y persona de imperecedero recuerdo por su bondad extremada y ejemplares virtudes.

Fernando parte, llevado de su generoso ardor, á conquistar á Jaen, Córdoba y Sevilla. El arzobispo permanece allí para dar impulso á los trabajos de aquella obra colosal. Entre tanto se ve en las vecinas canteras de Oligüelas un enjambre de trabajadores sacando y cortando piedra. Acá la construcción va alzándose poco á poco y alrededor de los ochenta pilares se ve apiñada en enormes y complicados cadalsos la muchedumbre de alarifes, maestros, albañiles y aparejadores que trabajan infatigables, con el ardor del que realiza una obra santa; creyéndose instrumentos de Dios, orgullosos de realizar la mas grandiosa obra de piedad, y de verificar con su arte y su entusiasmo la petrificación de la fe de aquellos tiempos.

El edificio sube, sube, ansioso de tocar su remate y cerrarse en sus agudas bóvedas; va extendiéndose y alargando los haces de columnas que han de doblarse despues con la docilidad de las hojas de palmera. Pero ¡qué extraño parece este edificio en medio de una ciudad toda arábica, donde todas las construcciones, desde el mas suntuoso palacio hasta la mas humilde choza son de ladrillo, donde todas las formas están modeladas en el estuco, y donde la desnudez del material se cubre siempre con las decoraciones polierómatas, con el oro y el mosaico! Los artistas muzárabes se agrupan curiosos junto á los ochenta y ocho pilares que levanta el intruso y desconocido Pedro Perez. Apenas pueden comprender aquella fabricación de piedra franca, tan sólida, tan maciza, y no adivinan que va á ser la mas sutil y la mas aérea.

Ya hemos dicho que la arquitectura ogival no tenia hasta entonces ningún precedente en el suelo toledano. Allí no se encuentran construcciones románicas, ni nada que pueda ser elemento generador y primera faz de la forma ogival. Esta vino implantada: trajéronla ya hecha, formada ya, y con toda su magnificencia y esplendor. Así es que no podia dejar de ser una planta exótica allí donde la arquitectura sarracena, impresionando á todos, habia echado tan profundas raíces y dominaba sin rival.

Los muzárabes vieron con estupor en todo aquel siglo aquella fábrica prodigiosa que subia mas y era superior á todos los portentos que sus padres les habian contado de la ciudad de Córdoba. Vieron elevarse aquella multitud de columnas que parecían no concluir nunca; y cuando tocando á su fin, llegando, por decirlo así, al período de su madurez, aquellos haces de tallos se abrian, esparciéndose para engendrar la bóveda, se llenaron de sorpresa los pobres alarifes al considerar que podria ser tan dócil la piedra y podia ser esculpida como el estuco; que los techos se hacian con piedras entrelazadas, contra-apoyas, formando una red de aristas, una armazón semejante á la que ellos hacian con la madera.

Pero á pesar de esta sorpresa, el arte árabe continuó mucho tiempo sin contaminarse, utilizando sus elementos propios, reducido al círculo que antes tenia. En los pueblos meridionales, y especialmente en el árabe, la costumbre tiene una fuerza invencible. La rutina hizo que aquel especialísimo modo de construir no espirara hasta que el Renacimiento lo invadió todo, verificando la mas completa transformación. Mientras esto no sucedió, el arte ogival, á pesar de su superioridad incontestable

table y del adelanto que representa en la manera de construir, aquel arte prepotente, venido de Leon, Burgos y Oviedo, donde habia creado tantas maravillas, no pudo destronar lo que los musulmanes habian dejado en su ciudad favorita, estereotipándolo por la fuerza de su genio en la mente del pueblo.

La catedral continuó creciendo en todo el siglo XII; pero aunque el cabildo era rico y disponia de todos los recursos de su época, la obra no pudo ser apreciada en su forma general hasta fines del siglo. Veremos despues si la catedral influyó algo en las obras de los naturales de Toledo, ó si en cambio, no pudiendo resistir la influencia local, y trabajando en ella los alarifes, se contaminó á su vez. Pero hasta el siglo XIV no pudo la portentosa obra ostentarse en toda su belleza; porque estas colosales petrificaciones del genio de la edad media, estas enormes catedrales tan generales, tan múltiples, tan complejas, necesitan, como las capas geológicas, siglos enteros de lenta y perpétua elaboración.

B. PEREZ GALDOS.

Revista de Paris.

Esta semana hemos tenido en Paris un dia de luz en medio de la densa oscuridad que por todas partes nos rodea; han entrado aquí algunos diarios de los departamentos y del extranjero, y durante veinte y cuatro horas hemos podido hacernos la ilusión de que estábamos en relaciones con el universo. No sin verdad se ha dicho que esta rigurosa incomunicación en que vivimos ya hace mas de un mes, era una de las penalidades mas excesivas del estado de sitio. Para nosotros, mas allá de las fortificaciones de la capital, se ha concluido el mundo. Podemos dar noticias á los nuestros que se hallan fuera de Paris, mediante los globos-correos que casi todos los dias se elevan en los aires y traspasan las líneas prusianas burlándose de los cañones de acero: pero no nos es dado recibirlas, no nos está permitido saber lo que pasa, ni lo que se dice, ni se hace, ni se piensa de nosotros fuera de nuestro recinto.

Las noticias recién llegadas nos dan á conocer que á la prolongación de la resistencia en la capital corresponde un movimiento que se generaliza en todas las provincias.

La defensa nacional cuenta ya con fuerzas considerables, con armas, víveres y municiones.

En todas partes se ha comprendido que no hay salvación para el país si no se emprende contra el invasor una guerra de exterminio.

Cada dia que pasa la situación se mejora, porque se reúnen y se organizan los ejércitos, la fibra del patriotismo se exalta mas y mas, y se opone á la invasión la firme voluntad de combatirla en todas partes y por todos los medios.

Un diario de Orleans de los que han llegado, como hemos dicho, anuncia que por correspondencias dignas de fe puede dar á conocer la cifra de los cuerpos de ejército formados en los departamentos desde el 17 de setiembre.

Hé aquí los guarismos:

1º Ejército del Centro, acampado en Bourges y organizado por los generales La Motte-Rouge, de Polhes, Longue-rue, etc., 80.000 hombres.

2º Ejército de Tours, salvaguardia de la delegación del gobierno provisional, 40.000.

3º Ejército de Nantes, el mas numeroso y con el que mas se cuenta, bretones, vendeanos, angevinos, etc., 90.000.

4º Ejército de Lyon, aumentado con los contingentes del Mediodía, 75.000.

5º Ejército del Oise, al que se han reunido varios cuerpos normandos, 30.000.

Lo que forma un total de 315.000 hombres dispuestos á entrar en campaña.

Ha habido ya algunas escaramuzas aunque de escasa importancia; pero que prueban que las nuevas tropas se hallan animadas del mejor espíritu y que con pocos encuentros adquirirán la solidez de los ejércitos aguerridos.

Además, se han recibido tambien noticias de Metz y se sabe por conducto oficial que el mariscal Bazaine tiene á sus órdenes 90.000 hombres, con los cuales combate sin cesar á los prusianos, causándoles grandes pérdidas.

La llegada de M. Gambetta á Tours dará un inmenso impulso á las operaciones militares que se preparan en los departamentos.

Tal es su misión, que ha dado á conocer á su llegada á Tours en una proclama inspirada por el mas ardiente patriotismo.

El miembro del gobierno delegado á Tours principia por demostrar á los habitantes de los departamentos cuál es la situación de la capital que acaba de dejar, y que ha sufrido en un mes una transformación completa.

» La revolución, dice, encontró á Paris sin cañones y sin armas, y en el dia de hoy, se han armado 400.000 hombres de guardia nacional, se han llamado á 100.000 móviles y se han reunido 60.000 hombres de tropas regulares. Los

talleres funden cañones; las mujeres fabrican un millón de cartuchos cada día; la guardia nacional tiene dos ametralladoras por batallón y tendrá muy luego cañones de campaña para que pueda operar salidas contra los sitiadores.

» Los fuertes ocupados por la marina se parecen á otros tantos navios inmóviles, guarnecidos con una maravillosa artillería y servidos por los artilleros más diestros del mundo: hasta ahora bajo el fuego de esos fuertes no ha podido el enemigo establecer ninguna obra. El recinto que el 4 de setiembre no tenía más de 500 cañones, cuenta hoy 3,870. En la misma época había 30 disparos por pieza, y en la actualidad hay 400 y se sigue fundiendo proyectiles con una actividad vertiginosa. Todo el mundo tiene su puesto marcado en la ciudad y su lugar de combate.»

M. Gambetta no sin razón deduce de este armamento improvisado que París se ha convertido en una plaza inexpugnable.

En el día solo puede temer el hambre; pero no aun, en un tiempo lejano relativamente, dentro de dos ó tres meses, y es de esperar que para entonces ya los soldados de los departamentos habrán tenido ocasión de romper las líneas prusianas.

El ministro después de trazar el cuadro de la situación, habla de los deberes que ella impone á toda la Francia.

El primero de todos es consagrarse exclusivamente al combate contra el enemigo, sin tregua, sin descanso.

Ese es el programa del gobierno provisional, sin preocupación de ninguna otra clase, y ese debe ser también el grito patriótico de todos los franceses.

Su misión especial consiste en aprovechar esa energía común, dirigirla y hacerla fructuosa. Para eso apela á todas las fuerzas vivas de la nación, que son inmensas, y con ellas se promete inaugurar la guerra nacional, en la que reside la salvación de la Francia.

«No, no es posible, dice en conclusión, que el genio de la Francia se haya velado para siempre, que la gran nación se deje arrebatar su puesto en el mundo civilizado por una invasión de medio millón de hombres. Levantémonos en masa y sucumbamos antes que consentir en perder una pulgada de nuestro territorio.»

En suma, el ardiente patriota ofrece á la nación un pacto con la muerte antes que con la infamia.

No cabe duda que todo este esfuerzo será menester para emprender la guerra que ha de dar por resultado la expulsión de los ejércitos del rey Guillermo, embriagados con la victoria y que sueñan, porque sueño es, el aniquilamiento de la Francia.

Todo está en prolongar la guerra, en no aceptar la paz con ninguna otra condición que la de la evacuación completa del territorio.

Firmes en este propósito los franceses alcanzarán la victoria, aun cuando París debiese sucumbir por un ataque á viva fuerza, ó por el hambre.

Pero ¿es de creer que París sucumba?

M. Gambetta le declara inexpugnable, según acabamos de ver, y el gobierno de la defensa al dar cuenta de los trabajos hechos confirma seguramente aquella opinión con los datos más irrecusables.

De este informe resulta que hace un mes ó mes y medio París era una ciudad que podía llamarse abierta, en tanto que en el día aparece como una plaza fuerte de primer orden.

En los fuertes casi todo estaba por hacer: no había abrigos, ni plataformas, ni almacenes, ni casamatas, ni troneiras; y menos aun había esas defensas accesorias que es necesario acumular en sus inmediaciones.

Los ingenieros militares han dado cima á todos estos trabajos con una rapidez notable.

Otra obra, y de las más considerables, fué cerrar las 69 puertas de París y establecer puentes levadizos, en lo cual se emplearon 11,000 obreros.

No ha quedado un solo punto débil, pues allí donde se creía que faltaban obras de fortificación se han construido, así como se han reforzado todas las que existían.

Más de 80,000 trabajadores han contribuido á este trabajo verdaderamente gigantesco.

La artillería se ha aumentado en proporciones considerables, lo mismo que las municiones.

Apenas había hacia un mes medio millón de kilogramos de pólvora y hoy se tienen 3 millones.

En el sitio de Sebastopol no se gastaron más de 1.500,000 kilogramos: además la fabricación continúa.

El mismo aumento en los proyectiles.

Con tales elementos, no parece una ilusión creer que los ataques de los prusianos serán infructuosos.

Por el pronto lo que podemos decir es que todavía no han disparado un cañonazo contra los fuertes, ni han dado muestras de querer tomar la ofensiva.

Y sin embargo, se les atribuyen planes que no están acordes con esta inacción tan persistente.

Los diarios ingleses que hemos podido ver la semana última nos traen un programa que, para honra de la civilización, desearíamos fuera una de esas invenciones á que estamos ya acostumbrados desde que nos vemos cercados de enemigos.

Parece ser que los alemanes no se hallan preparados aun,

á pesar del tiempo que ha pasado, y que cuando les lleguen sus cañones de sitio y armen sus baterías y todo esté en orden, el ataque se emprenderá de un modo serio.

Dícese que atacarán á uno ó más fuertes, y que una vez omados darán á París algunos días de reflexión para que se decida.

Si se decide á entregarse, nada mejor para los prusianos; pero si no, entonces se verá, añade el periódico de Londres, el acontecimiento más espantoso, anómalo é inconcebible de la historia de las guerras modernas, el bombardeo de París.

De las posiciones ocupadas por los alemanes, la furia ciega é implacable de una inexorable lluvia de fuego caerá sobre la más hermosa ciudad del mundo, la que encierra mejores monumentos y algunos de los tesoros artísticos más raros que se conocen.

El diario á que nos referimos cree, sin embargo, que no se realizará este programa que califica de semi-oficial, y se funda para ello en los sentimientos de civilización de que supone animados á los prusianos.

Dice que los alemanes no son vándalos ni salvajes que proyectan la destrucción de París, sino un pueblo muy instruido, compuesto de hombres de corazón bueno y generoso, con un respeto que se aproxima á una fe profunda por la educación, el arte y la ciencia.

¿Cómo pues, podremos admitir que se hallan dispuestos á soportar la doble responsabilidad moral que el mundo contemporáneo y la historia cargarán sobre los autores de un acto semejante? No hay antecedente que pueda servir de ejemplo en las guerras modernas. Sería volver á los tiempos bárbaros.

En resumen para el periódico británico que nos revela el programa envuelto en anatemas, cuyo valor intrínseco no sabemos apreciar, la amenaza en cuestión es lisa y llanamente una pura fórmula que no se realizará en ningún caso.

Desgraciadamente, tenemos pruebas en Francia que contradicen esos sentimientos de moderación y de humanidad que el periodista inglés atribuye á los invasores.

La prueba de esto que decimos es muy fácil, y la vamos á dar seguidamente con documentos oficiales.

Nuestros lectores recuerdan la brillante y elocuente relación que hizo el señor ministro de Negocios extranjeros, miembro del gobierno de la defensa nacional, sobre su entrevista con M. de Bismark en Ferrieres. En ella se patentiza que el rey de Prusia no busca más que el aniquilamiento de la Francia.

M. de Bismark había recibido un duro golpe declarando así sus intentos á la faz del mundo, y no ha podido menos de tomar la pluma para contestar á M. Jules Favre.

Su respuesta, en la que anuncia una rectificación de la tendencia general del escrito del señor ministro de Negocios extranjeros, no es otra cosa en el fondo que una confirmación plena y entera de todo lo que en aquel documento se asegura.

Más aun: el señor canciller de la Confederación del Norte, advierte caritativamente que si hace un mes podía contentarse con la Alsacia, con Metz y una parte de la Lorena, ahora que la guerra se prolonga será otra cosa.

¿Qué quiere M. de Bismark? ¿Pretende agregarse la Francia entera?

No, como dice muy bien M. Jules Favre en su réplica al canciller de la Confederación del Norte, toda discusión es inútil ante las pretensiones prusianas.

«La Francia debe saber hasta qué punto llega la ambición de la Prusia: no se satisface ya con la conquista de dos de nuestras provincias, sino que prosigue friamente la obra sistemática de nuestra destrucción. Después de haber anunciado solemnemente al mundo por la boca de su rey que solo combatía contra Napoleón y contra su ejército, se encarna en destruir al pueblo francés; destroza su territorio, incendia sus poblaciones, aniquila á sus habitantes á fuerza de impuestos, les fusila cuando no pueden satisfacer todas sus exigencias y aplica todos los recursos de la ciencia á una guerra de exterminación.»

El elocuente ministro añade que la Francia no puede ya conservar ilusión alguna acerca de este punto; que se trata para ella de ser ó no ser; que al proponerla la paz á costa de tres departamentos ligados á ella por la más íntima afección, no la ofrecían más que la deshonra, y que habiéndola rechazado, quieren castigarla con la muerte.

Tal es la situación que impone á la Francia el imprescindible deber de no hacer la paz, sean cuales fueren los desastres que ha podido sufrir y las probabilidades que la suerte la reserva.

¡Ah! cuando llegue el día en que se concluya tan espantosa lucha de un ejército de medio millón de soldados aguerridos contra un pueblo que empieza ahora á reunirse y á formar ejércitos, se verá hasta qué punto el invasor ha dado muestras de esos sentimientos buenos, generosos y civilizadores, que sin conocimiento de causa se le atribuyen en el extranjero.

Todo el país invadido está arruinado. ¡Y se nos quiere hacer creer que con París tendrán miramientos!

No, muy al contrario; con mayor rigor tratarán á esta capital, objeto de envidia en todo el universo.

Afortunadamente, todo el mundo en París está bien con-

vencido de la imperiosa necesidad de la resistencia; y por consiguiente el programa semi-oficial de que hemos dado cuenta á nuestros lectores, solo servirá para probar en su día las intenciones de esos implacables enemigos de los franceses.

Para que principie á realizarse se han de comenzar las operaciones de un sitio regular contra los fuertes, que ni siquiera están aun indicadas, y de aquí á entonces es de creer que los ejércitos de las provincias y los 500,000 hombres armados que hay en París, habrán hecho algo para contrarrestar aquellos planes.

Tiempo hay de sobra, pues los víveres abundan en París y abundarán lo menos por tres meses, y el eminente general que se halla á la cabeza de la defensa, puede combinar con calma sus operaciones y no arriesgar batallas sino en condiciones favorables.

Así, pues, hoy por hoy se tiene una confianza muy grande en el resultado final, fundada en el estado de los recursos dentro y fuera de la capital asediada, en la organización de los nuevos ejércitos, en el armamento que se fabrica en Francia y se compra en el extranjero, y principalmente, en el movimiento de la opinión que es general contra toda transacción deshonrosa.

MARIANO URRABIETA.

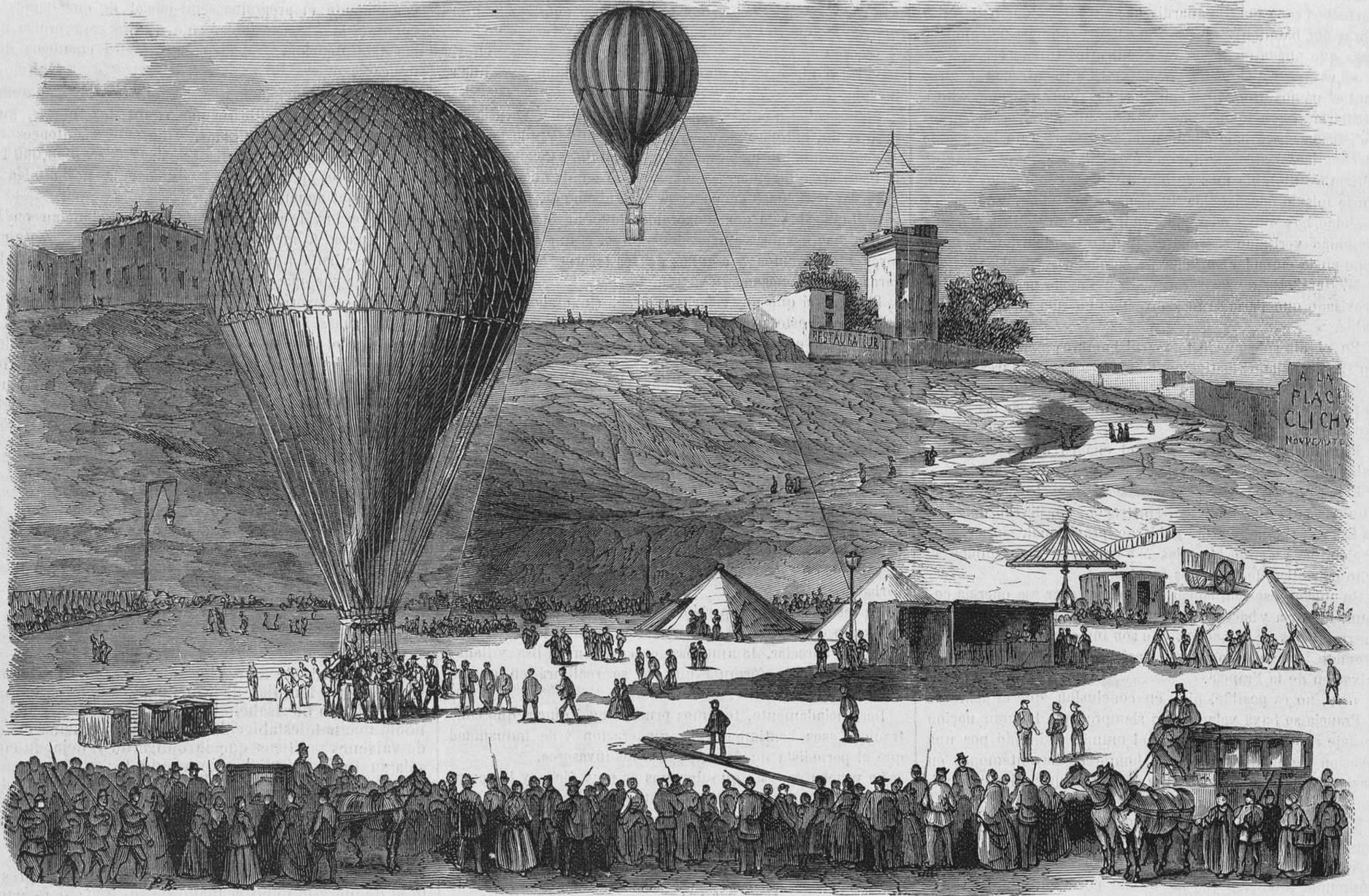
La muerta resucitada.

Era el conde de H. un joven que pertenecía á una de las primeras familias de Andalucía. Enamorado hacia algún tiempo de Isabel, hija del duque de M., rico y noble magnate establecido en Córdoba á consecuencia de vaivenes políticos que le obligaron á dejar la corte, de sola su timidez le había impedido declarar una pasión que le ocupaba demasiado para notar la correspondencia con que era pagada. Y sin embargo, el conde no suponía la posibilidad de otras dificultades ni apetecía otro consentimiento que el de la hermosa Isabel. No tardó á pesar de sus temores en tener la certeza de que este no le sería negado, y loco con su dicha se presentó al duque y le pidió la mano de su hija; pero contra todas sus esperanzas le fué negada por el viejo aristócrata, que debiendo dar una cuantiosa dote á su hija y siendo su casa de una antiquísima nobleza, halló que el conde no era ni suficientemente rico, ni bastante noble para emparentar con él.

Extremadamente ofendido el amante, aunque demasiado enamorado para desistir por la oposición del padre de su amada, puso en práctica, de acuerdo con esta, los medios legales que le favorecían y consiguió la mano de Isabel. El duque asistió á la ceremonia con semblante severo, y fueron inútiles todas las tentativas y ruegos de las personas de mayor influencia para alcanzar que perdonase á su yerno. Por lo tanto veinte y cuatro horas después de su matrimonio, que se verificó sin ninguna pompa, se separó Isabel de su padre y fué con su marido á habitar una casa de campo que este poseía en las inmediaciones de Lucena.

Seis meses vivieron los dos esposos gozando de la mayor felicidad, que no parece debía turbarse nunca, tan verdadero y sólido era el amor que se profesaban, cuando una tarde llamó al conde aparte su jardinero diciéndole que tenía que comunicarle una cosa que interesaba mucho á su honor. Sin prestar mucha atención al aire misterioso de este hombre, le siguió su amo hasta un sitio apartado del jardín. Allí se detuvo, y señalando un templete ó merendero, afirmó con juramento que en la noche anterior había visto entrar en él á la condesa acompañada de un desconocido. Si el conde hubiera sido más dueño de sí mismo, no habría dado tan fácilmente crédito á una declaración tan brutal. Pero el golpe estaba dado; y su sensibilidad, demasiado desordenada, le quitaba la facultad de reflexionar y lo ponía á merced de los más encontrados afectos. Un instinto de venganza se apoderó de él al momento, y en su consecuencia adoptó una resolución que le facilitaba los medios de llevarla á cabo. Supuso un viaje indispensable y partió dejando á Isabel sola en la quinta; y al día siguiente, bien entrada la noche, se deslizó furtivamente en el jardín ayudado del delator y se escondió entre los arbustos.

A poco tiempo divisó una sombra que salía de la casa, montó dos pistolas que llevaba, y acercándose más la sombra, conoció que era su mujer. Andaba Isabel muy despacio y con la mayor tranquilidad, sin que se notase en su semblante ninguna alteración ni otra cosa que manifestase el criminal en el instante de consumir su delito. Empujó la puerta del templete, que al momento vió el celoso marido estaba vacío, y se sentó en un sofá enfrente de una ventana abierta que le dejaba contemplar el cielo. Al verla el conde conoció que su cólera se iba desvaneciendo, ocurriéndosele que su jardinero podría haberse equivocado ó quizás inventado una calumnia; casi estaba ya por arrojarse á los pies de su esposa y solicitar el perdón de sus injustas sospechas, cuando de repente vió que un hombre acababa de entrar en el jardín. La condesa dió al verle un grito de alegría contenido al punto y se arrojó en sus brazos. Ambos entraron en el templete y cerraron la puerta.



Ascension de un globo-correo en la plaza de San Pedro, en Montmartre.

El conde se precipitó furioso al templete, derribó la puerta y disparó las dos pistolas á un tiempo. Solo un tiro salió que dió á la desgraciada condesa, que cayó al suelo sin proferir una palabra. Pero el desconocido exhaló un sordo gemido y exclamó con voz ahogada:

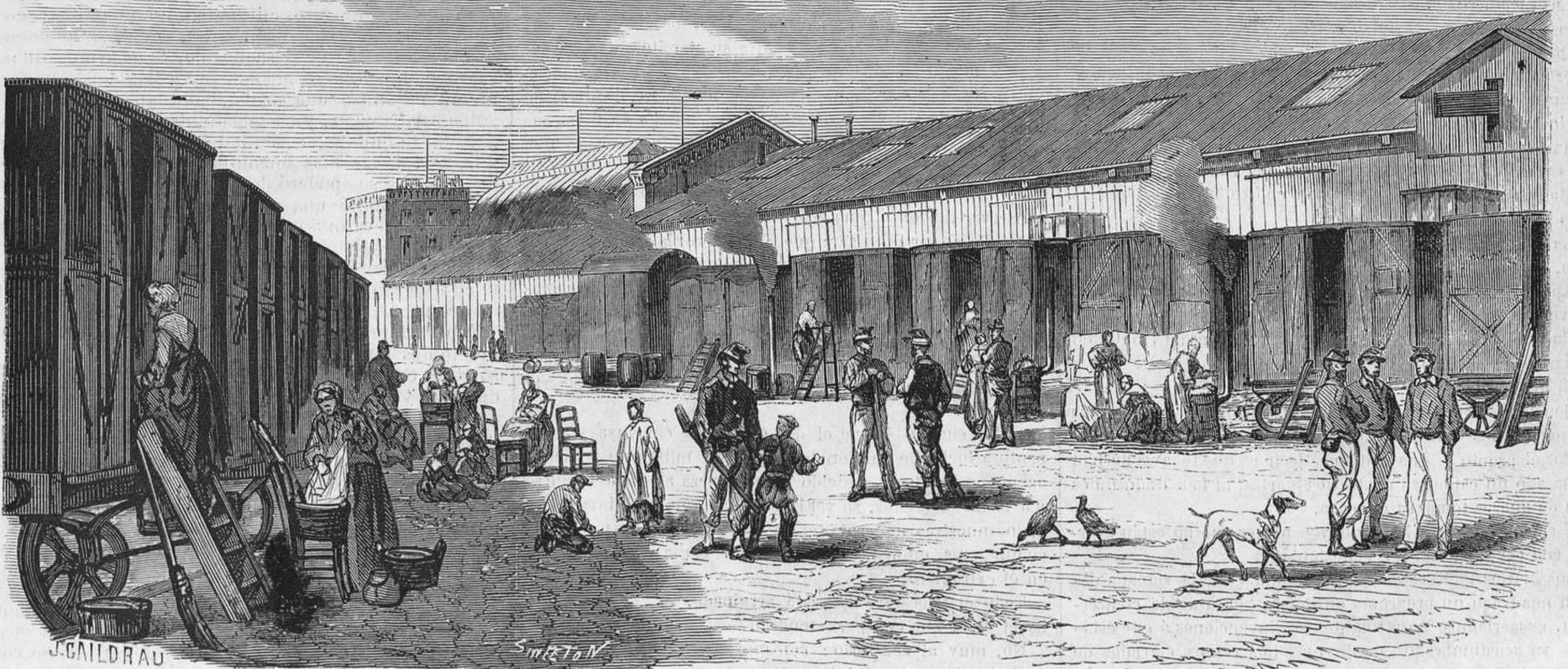
— ¡Dios no había bendecido esta union y debía ser fatal! El bárbaro ha asesinado á mi hija.

Al ruido acudieron criados con luces y hallaron á Isabel tendida y bañada en sangre, y al duque arrodillado

junto á ella. En cuanto al conde, la prueba era superior á sus fuerzas; no habia podido soportar el espectáculo de su venganza y lo encontraron privado de conocimiento al pié de la escalera del templete. El duque, quebrantado por su mucha edad, se hallaba demasiado débil para poder sobrellevar tan fuerte golpe, y murió en la misma noche de un ataque apoplético.

La condesa permaneció muchos dias entre la vida y la muerte, porque la herida era peligrosísima. Sin em-

bargo, los cuidados de un facultativo, antiguo amigo de su padre, lograron un éxito que casi se creia imposible, y al cabo de algun tiempo se halló la enferma fuera de peligro. El estado del conde, al contrario, era horroroso. La terrible emocion que habia experimentado, produjo en él una calentura violenta que despues degeneró en una enfermedad moral tanto mas peligrosa, cuanto que aparecia el paciente tranquilo y silencioso. Al delirio violento habia sucedido otro frio, razonado, y por lo



Instalacion de los empleados del ferro-carril del Este en los wagones.

J. GAILLARD

SWIFTON

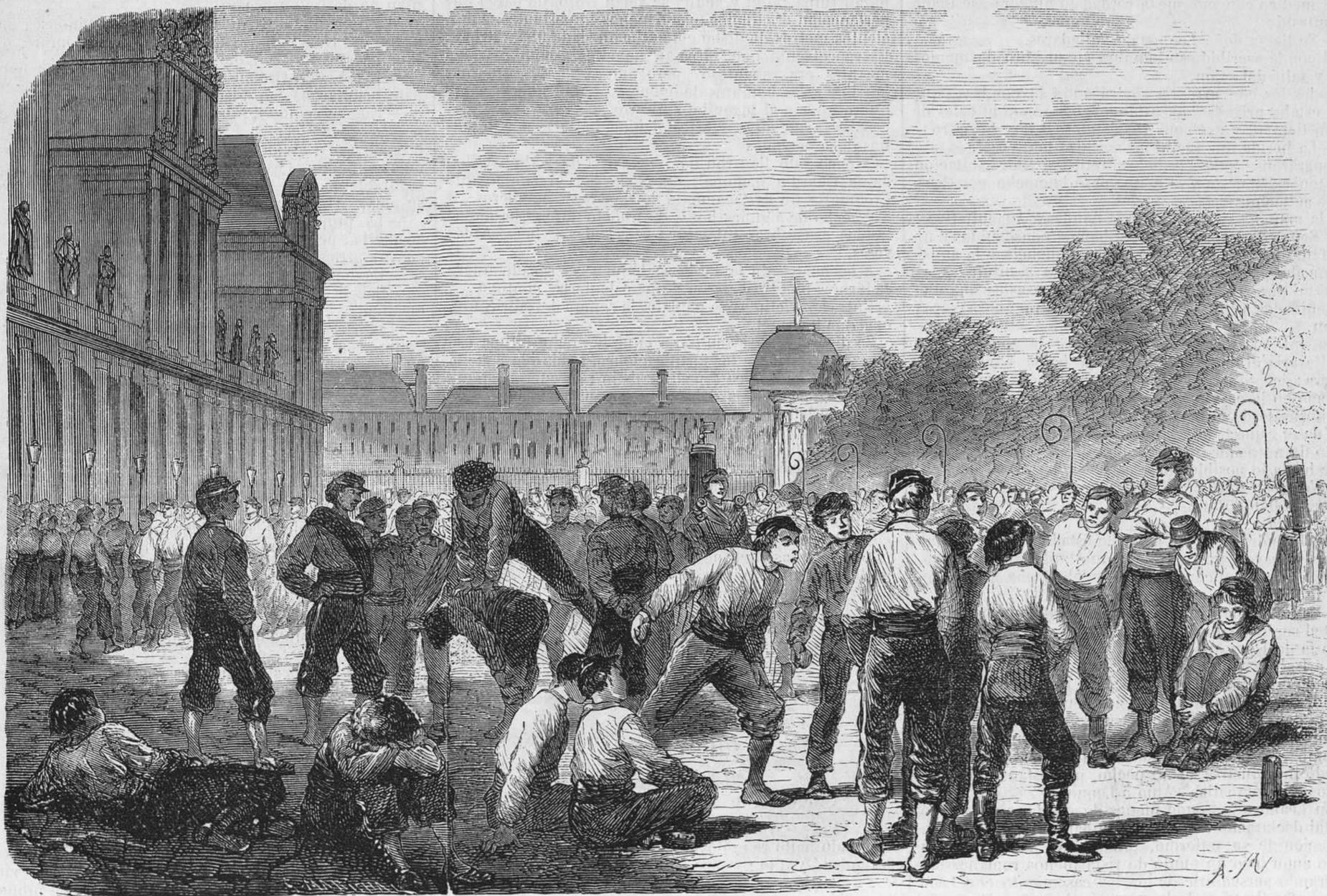


Catástrofe de la calle de Javel — Aspecto de la fábrica de M. de Plazanét, despues de la explosion del 6 de octubre de 1870.

tanto irremediable. El nombre de Isabel lo sacaba solo de este estado, y entonces el infeliz padecia crueles convulsiones. Cuando se le decia para consolarle que

Isabel vivia, que muy pronto la veria y que volveria á principiar para ellos una vida de amor y de felicidad, contestaba :

— ¡Pobre Isabel! ¡La amaba tanto!... Es horroroso pensar que ha muerto; pero no habia remedio : ha sido justicia.



Reunion en la plaza del Carrousel de los *Enfants de Paris*, organizados para el servicio de los despachos, las bombas y las barricadas.

Fué preciso, por consiguiente, estorbar que los esposos se viesen; y el facultativo hizo trasladar al conde á una quinta que poseía en las inmediaciones de la sierra. Allí, procurando alejar de su vista todos los objetos que pudiesen recordarle la pasada catástrofe, y haciéndole llevar una vida activa y ocupada, se consiguió tranquilizarle algun tanto.

Isabel, sola en su casa de campo, se moría de tristeza y no concebía cómo su presencia podía ser dañosa á la salud de su marido. Escribía sin cesar al facultativo suplicándole que la permitiese reunirse á su marido; pero aquel honrado médico logró persuadirla de que contuviese por algun tiempo sus buenos deseos, en atencion á que todo recuerdo podía abrir la profunda herida apenas cicatrizada en el corazon del conde.

En tanto la salud de este se fortificaba diariamente, gracias al celo del buen facultativo que, rico y no ejercitando ya su profesion, se habia entregado totalmente á procurar la salud de un hombre al que apreciaba y que estaba unido con la hija de uno de sus mayores amigos. Habia conseguido hacer olvidar al conde toda su vida pasada, y solo debía ya tratarse de dar el último golpe reuniendo á los dos esposos. El buen don Leandro, que así se llamaba el médico, hizo todos los preparativos necesarios para que se verificase del mejor modo posible. Convidó á su quinta á varias familias de las que el conde habia tratado con mas confianza antes de su matrimonio. En una tarde, señalada al efecto, llegaron, y antes que todas la condesa. Su desgracia llamaba tanto la atencion que fué sumamente obsequiada de todos los concurrentes, pero la pobre Isabel apenas podia sostenerse. Un año hacia que no veía á su marido.

Don Leandro, en tanto, fué á buscar al conde, que era esperado por la reunion con la mayor ansiedad mezclada con temor; llegó al fin, y el médico le presentó á sus antiguos amigos, con quienes habló con el mayor despejo y soltura, recordando perfectamente todas las circunstancias de sus recíprocos conocimientos. Después dió algunas vueltas por el salon con el aire mas tranquilo é indiferente del mundo, y últimamente fijó la vista en Isabel. Pareció entonces que sufría una sensacion penosa; pero á poco se sentó enfrente de ella. Isabel hizo un ligero movimiento para arrojarle á sus brazos, pero se contuvo al ver su aspecto severo y su fria mirada.

Ya no quedó duda á don Leandro de que la enfermedad del conde era una monomanía. La triste Isabel, pálida y fria como el mármol, no se atrevía á levantar la vista, por temor de encontrar aquella mirada fija y distraída que la helaba de espanto. La concurrencia hizo entonces los mayores esfuerzos para libertarla de semejante suplicio. Se tocó el piano, se habló en alta voz y se consiguió distraer al conde, que se levantó, y dirigiéndose á don Leandro, le dijo:

— ¡Es hermosa esa mujer! ¿No le parece á usted que se asemeja mucho á mi pobre Isabel? ¿Quién es? ¿cómo se llama?

El médico conoció que la verdad lo hubiera asesinado y contestó:

— Se llama doña Leonor de Valladares.

El conde escribió este nombre en su libro de memorias y salió del salon.

Todos los concurrentes rodearon á la condesa, que casi estaba privada de sentido. Volvió en sí al cabo de algun tiempo, y exclamó dirigiéndose á don Leandro:

— La herida que recibí no me hizo tanto mal.

Separáronse todos. Isabel se retiró á una habitacion que tenia dispuesta y el conde pasó la noche con bastante agitacion.

A la mañana siguiente dijo la condesa al facultativo:

— Señor don Leandro, nada hemos conseguido y no por falta de esfuerzos. Todo lo que la ciencia y la amistad pueden dictar, ha hecho usted para restituir la salud á mi desgraciado marido. Permítame usted que una mis cuidados á los suyos y no exija otra nueva separacion.

Consintió el buen médico, pero con la condicion de que llevaria el nombre con que la habia bautizado la víspera: aceptó la condesa, y en su consecuencia se estableció en la casa de campo de don Leandro. El conde manifestó desde el principio gran placer en hallarse al lado de su esposa, que para él no lo era, y llegó hasta el punto de no poder separarse de ella. La condesa por su parte hacia lo posible por creerse dichosa.

— Ver á mi Fernando, decia, y ser su hermana y su amiga, es todo lo que yo deseo. Con gusto pasaré así toda la vida.

Don Leandro no creía que este estado pudiese ser duradero y preveía una crisis, que no tardó en verificarse. Un dia le llamó el conde, y llevándolo á una habitacion sola, le dijo:

— Voy á confiar á usted un secreto, del que solo Dios y usted serán los depositarios. Mi vida entera dependerá de la decision que voy á tomar. Ya sabe usted cuánto amé á Isabel. A pesar de su perfidia, no he podido separar de mi memoria su recuerdo, y creía que debía ser eterno. Desde su muerte me he considerado como separado del resto de los vivientes, y no imaginaba que mi corazon volviese á latir de amor por mujer alguna. Sin embargo, me he equivocado, una nueva pasion ha logrado introducirse en mi pecho, no obstante mis esfuerzos por combatirla. Amo á Leonor.

Don Leandro no pudo menos de quedar sorprendido con tal declaracion. Trató, sin embargo, de moderar la exaltacion de su enfermo, procurando hacerle ver su nuevo amor bajo un punto de vista menos romancesco, y logrando persuadirle de que su casamiento con Leonor no ofendia en nada la memoria de Isabel. Tranqui-

lizóse el conde y encargó á su amigo procurase los medios de que él lograrse su dicha.

El buen médico tomó al instante su resolucion. Corrió inmediatamente á casa del cura del pueblo y le contó en breves palabras lo sucedido, añadiéndole:

— La ciencia procura eludir las dificultades cuando no puede vencerlas. No he podido curar la monomanía del conde; pero ahora se presenta la ocasion de dar á su locura un carácter razonable. Se cree viudo y quiere justamente volver á casarse con su mujer. Aprovechemos este capricho para impedir que vuelva tal vez á incurrir en otro que la ley no pueda satisfacer.

El cura, hombre tolerante y de buenas intenciones, titubeaba sin embargo; dijo que consultaria al obispo; y este, convencido de la necesidad de lo que se solicitaba, dió su consentimiento.

Entonces supo la condesa los deseos de su marido y la necesidad que habia de que su amor recíproco recibiese nueva confirmacion de la iglesia. En efecto, el supuesto matrimonio se verificó con la mayor solemnidad.

El conde creyó siempre que habia sido casado dos veces, y la condesa, bien persuadida que la felicidad de su marido era un sueño que la menor imprudencia podia disipar, no se separaba nunca de su lado, vigilando cuidadosamente que nadie viniese á interrumpir sus ilusiones. Se amaban los dos esposos con idolatría, y sin embargo, no eran del todo felices. Fernando no podia olvidar completamente su primera esposa. La condesa sabia bien que era el segundo amor de su marido y sufría con tal idea. Leonor tenia celos de Isabel.

V.

La catástrofe de Grenelle.

Vamos á hacer aquí una relacion breve de una desgracia ocasionada por el estado de guerra y de sitio en que se halla Paris: una fábrica de productos químicos que trabajaba con una actividad inusitada, ha volado entera causando la muerte de muchos infelices.

Entre las calles de la Iglesia, Croix-Nivert y de Javel, en el fondo de una especie de callejon sin salida, se encuentra, ó mejor dicho, se encontraba una fábrica de productos químicos perteneciente á M. Plazanel.

El 6 de octubre á las doce del dia, estalló la caldera de la máquina de vapor y el fuego se comunicó instantáneamente á una porcion de vasijas llenas de ingredientes peligrosos.

De aquí la explosion y la detonacion que causó en el barrio un espanto indescriptible.

Voló todo el cuerpo de la fábrica. La alta chimenea se hundió, y la mayor parte de las casas contiguas amenazan ruina. Aquí y acullá se veian trozos de pared que pertenecian á edificios mas ó menos importantes. A doscientos metros de distancia no ha quedado una vidriera. El espectáculo que ofrecian aquellos escombros humeantes era espantoso; pero aun esperaba otro mas horrible á los hombres de buena voluntad que se precipitaron hácia el lugar del siniestro.

Sabiase que en la fábrica debian hallarse por lo menos doce personas.

A poco rato llegaron una compañía del 131º batallon de la Guardia nacional, mandada por el subteniente Froment y un destacamento de zapadores bomberos.

Al cabo de algunas horas de trabajo descubrieron entre los escombros miembros esparcidos y luego cadáveres.

A las cuatro de la tarde se habian ya sacado nueve cadáveres que trasladaron á una caballeriza contigua.

Entre las víctimas se contaba la señora del fabricante, madama Plazanel.

Se dice que un jóven obrero que la noche última estaba de servicio en las fortificaciones, habia ido aquella mañana á la fábrica á pedir trabajo: su cuerpo se encontró á dos metros debajo de los materiales de toda clase que habia cerca de las ruinas de la chimenea.

El general Trochu visitó el lugar del desastre.

Muchos oficiales superiores daban órdenes á los obreros. En las casas vecinas varias personas fueron heridas mas ó menos gravemente.

En suma, el número de víctimas se eleva á trece muertos y quince heridos.

Esperamos que las recomendaciones hechas por la autoridad y las precauciones tomadas por los jefes de establecimientos industriales, nos pondrán en adelante al abrigo de tan espantosas catástrofes. P. P.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 928.)

Cuando halló reunidos á los secretarios, Enrique se estremeció y dijo:

— ¡Oh! No esperaba encontrarme en tan numerosa compañía.

— Nos retiraremos si lo deseais.

— No por cierto; mi mision es convertirlos á mi sistema, «vida, trabajo y capital,» y si salgo con la mia no renuncio á enganchar al diablo en persona. Tengo que decirlo, M. Grotait, que el afilador Simmons continúa trabajando con la piedra que condenamos de comun acuerdo, y todo por evitar un gasto de cuatro chelines. En nuestra industria el amo pone la piedra; pero el afilador debe colocarla y probarla, lo que le ocasiona una pérdida de tiempo. Ahora bien, Simmons no quiere la nueva piedra á menos que Cheetham le pague el tiempo que pierda en colocarla y probarla: esa es la cuestion, y entre tanto ese idiota trabaja con una mala piedra. ¿Quereis emplear vuestra influencia para convencerle?

— Ciertamente, contestó Grotait; pero entre nosotros, M. Little, ¿no es duro para un pobre obrero tener que colocar y probar la piedra al amo gratuitamente?

— Paréceme, sin embargo, que los gastos no son iguales: la piedra le cuesta al amo tres libras esterlinas y la pérdida de trabajo del obrero viene á representar cuatro ó cinco chelines. ¿Quién pierde mas?

— Sí, pero no decís que la operacion es muy funesta para el afilador y que abrevia su vida llenando sus pulmones de polvo de piedra. ¿Por qué ha de dar el obrero su vida y su trabajo toda una semana, mientras el capital en nada contribuye? ¿Es ese vuestro modo de considerar la vida, el trabajo y el capital?

Enrique se quedó cortado un instante y luego dijo:

— Seguramente es muy duro; pero en industria la guerra es la regla, mientras no se altera por el consentimiento de ambas partes. Ahora bien; buena ó mala, la regla estipula lo que los afiladores de sierras mas favorecidos no tienen que pagar la piedra. Su única contribucion consiste en armarla y probarla y al amo le cuesta 60 chelines. Vuestros reglamentos son pues, desventajosas á M. Cheetham y no podeis esperar que consenta en nuevos sacrificios.

— ¿Y qué piensa de eso el afilador?

— Tanto valdria preguntar qué piensa la piedra.

— Pero en fin ¿qué dice?

— Dice que prefiere la piedra tal como está á perder medio dia.

— A su gusto, pues.

— Tambien puede ahorcarse; pero los que lo saben deben impedirlo.

— No me comprendéis. Quiero decir, que el afilador conoce mejor que nadie si la piedra es segura.

— Es que no dice eso, al contrario, dice que no vale nada; pero añade que buena ó mala, trabajará con ella. Hé aquí, ahora mi proposicion: ¿Quereis sacar cuatro chelines de vuestra caja para pagar á ese imbécil de trabajador su pérdida de tiempo?

Al oír esta proposicion, los cuatro secretarios se miraron con sorpresa.

Grotait contestó diciendo que no estaba autorizado para hacer ese gasto, pues los fondos de la Union tenían un destino especial.

— No lo dudo, replicó Enrique animándose; pero cuando se trata de destruir la vida de un hombre, bien sabe vuestra Union hallar dinero.

— Jóven, dijo Grotait con severidad, ¿Habeis venido para insultarnos con esas calumnias?

— No, he venido á saber si las Uniones que gastan guineas para asesinar á un hombre, para hacer saltar con pólvora á mujeres y niños, comprenden que la vida de sus miembros es muy cara por cuatro chelines, pues seguramente cada vez que vuestro afilador trabaja con su piedra expone su vida.

— La proposicion no tiene precedente y no puedo aceptarla; pero lo haré con una cortesía equivalente á vuestra arrogancia.

— Cuando no hay corazon es fácil ser cortés.

— Sois el primero que me dirige una acusacion semejante.

— Deberiais avergonzaros de vuestras palabras, dijo Potters con animacion; M. Grotait está conocido como un buen padre, un buen esposo y el mejor amigo de Hillsborough.

Los otros dos secretarios apoyaron la asercion, que era cierta, por extraño que pueda parecer á los que no han estudiado las contradicciones de la naturaleza humana.

— Gracias, señores, dijo Grotait, es preciso ser indulgente con M. Little, pues ha sido víctima de un infame atentado, que deploramos todos, y del que quiere hacer responsables á sus adversarios. Yo desearia probarle que no tiene razon. Dejemos que Simmons obre á su antojo, M. Little. Le habeis dado un buen consejo, lo cual os honra, nos complacemos en reconocerlo. Cambiando de conversacion, ¿teneis algo que decirnos por vuestra cuenta?

— Nada absolutamente, contestó Enrique con orgullo.

— ¿Qué diriais si os sugiriesen un medio de ejercer vuestra industria sin oposicion?

— No lo aceptaria. Me habeis declarado la guerra y estoy resuelto á hacérosela sin descanso, hasta que os haya vencido.

Las megillas de Grotait se encendieron y necesitó apelar á toda su sangre fria para contenerse.

— Pero al menos escuchad mi proposicion, dijo con dulzura... Jess, un jarro de cerveza, brindemos á la amistad y luego hablaremos.

Grotait llenaba un vaso, que presentó rebosando espuma á Enrique Little; pero este lejos de calmarse sintió hervir su sangre con aquellas apariencias de proteccion, y dijo con voz fuerte:

— Oid mi brindis: ¡Mueran los traidores y los asesinos!

Y vació su vaso de un trago, arrojó seis peniques sobre la mesa y se alejó dejando á los cuatro secretarios confundidos.

— Corriente, dijo Grotait, cuyos ojos brillaron con un fuego sombrío; él tendrá la culpa.

III.

LA EMBOSCADA.

En la noche de aquel mismo día apareció en la ventana de las *Armas del cuchillero* una señal bien conocida de ciertos obreros de Hillsborough; y al verla seis ó siete individuos de mala traza se reunieron en las inmediaciones de la taberna á esperar noticias.

Entre ellos figuraba un moceton de veinte y nueve años, cuya existencia era un misterio para sus vecinos.

En el espacio de siete años no había trabajado mas de diez y ocho meses; y lo demás del tiempo había cobrado en la caja de la Union de los afiladores de sierras, siete chelines y seis peniques para él, dos chelines y seis peniques para su mujer y dos chelines para cada uno de sus hijos.

Biggs se llamaba este famoso mendigo, este inválido en teoría, que en el hecho habria devorado tres libras de carne en una comida.

Es costumbre en Hillsborough reemplazar los nombres patronímicos con algun apodo significativo ó pintoresco; y así sucedia que, salvo en los registros de la parroquia ó en los informes de la policía, el vagabundo en cuestion solo era conocido con el sobrenombre de Dan Tucker.

El grupo sospechoso rondaba por la calle hacia un cuarto de hora, cuando Grotait salió de la taberna y llamó á Dan Tucker, que se presentó inmediatamente.

Los demás hombres se dispersaron.

— ¡Qué suerte tiene! dijo uno de los candidatos desahuciados; para él es siempre todo.

Grotait llevó á Dan Tucker á un cuarto en donde reinaba la oscuridad mas profunda, y allí se cerró un trato entre el vagabundo y unos hombres invisibles.

Tucker debía marchar á Cairnhope con otros dos hombres á fin de *acabar* con Enrique Little.

Le recomendaron que no empleara á ninguno de aquellos individuos que estaban con él en la calle, designándole por compañeros á Simmons el afilador y á un tal Sam Cole, malvado hipócrita que habia tomado parte en muchas infamias, sin que ni siquiera lo sospechara su familia, la cual disfrutaba con razon de una buena fama.

Con estas instrucciones Tucker salió en busca de sus compañeros; y muy luego volvió anunciando á Grotait que Sam Cole estaba pronto, pero que Simmons no parecia bien dispuesto, primero porque estaba muy ocupado, y segundo porque á Little ya se le habia atacado una vez, y que conceptuaba inútil perseguirle así indefinidamente. Por último, el afilador preguntaba si Enrique tenia mujer ó hijos, pregunta á la que Tucker no habia podido responder, porque lo ignoraba.

— Pues yo sé que es soltero. Os avistareis mañana otra vez con Simmons á la hora de la comida, para ver si podeis decidirle. Si es preciso ofreced dos libras mas. ¿No es cierto que su mujer está para tener un hijo? Decidle que esa expedición le asegurará el vino y todos los socorros necesarios, añadió el bueno y paternal, pero diabólico Grotait.

La mañana siguiente Enrique trabajó hasta las doce en el informe que tenia que escribir para el doctor Amboyne; y luego, continuando á seguir las miras de su inspirador, se fué á la fábrica Cheetham para hablar á Simmons.

Le encontró con un hombre de aspecto siniestro que le hablaba al oido.

Este hombre era Dan Tucker que, por una extraña coincidencia trataba de valerse de Simmons para la celada que habian proyectado contra Enrique Little.

La tentativa de la víspera habia producido en Simmons una agitacion extraordinaria; como á causa de sus vacilaciones no habia ido al trabajo hasta las doce, habia adaptado una garrucha á su piedra para ganar el tiempo perdido.

Aun resistia al tentador, pero mas débilmente que la víspera, cuando Little se acercó á él y le dirigió la palabra.

Aquella aparicion en semejante instante turbó profundamente á entrambos hombres, que miraron á Enrique con aire estúpido y sin decir una palabra.

— Simmons, le dijo Enrique, he ido á ver á vuestro amigo Grotait para ver si queria pagar la colocacion y la prueba de vuestra piedra y se ha negado; ahora bien, yo que soy vuestro *enemigo*, segun afirma vuestra Union, pagaré los cuatro chelines que representan la pérdida de vuestro tiempo, si quereis detener esa piedra inmediatamente y reemplazarla con otra.

— ¡Reemplazar mi piedra! exclamó Simmons con mal humor; ¿y por qué razon?

— El mejor juez de Hillsborough la ha condenado. ¿No veis además que esa garrucha que la habeis puesto acelera su ruina?

Solicitado así en sentido inverso y sintiendo que la confusion se apoderaba de él ante la generosidad de Enrique Little, el afilador no supo hacer mas que irriarse contra sus dos interlocutores.

— Dejadme en paz los dos, exclamó; que ya he perdido hoy medio jornal.

Y volviéndose hácia Enrique añadió:

— Ten cuidado contigo, que corres mas peligro que yo.

— ¿Qué quereis decir? preguntó Little.

El afilador comprendió que habia hablado demasiado y se encerró en un silencio absoluto.

Entonces Enrique, dirigiéndose á Tucker, dijo:

— No os conozco, pero os tomo por testigo de que he hecho todo lo posible para salvar á ese idiota. Si le sucede una desgracia, él tendrá la culpa.

Y habiendo hablado así se alejó y entabló con el contra maestre Bayne en el patio de la fábrica una larga conferencia sobre la cuestion en litigio.

El tentador aprovechó la marcha de Little para volver á la carga; pero tuvo una interrupcion tan brusca como trágica.

La piedra de Simmons no era tan defectuosa que no pudiese aun servir si se tenia mucho cuidado; pero habiendo adaptado á ella una garrucha, Simmons la daba una velocidad exagerada.

La prueba era demasiado fuerte para la piedra, que se rompió en dos pedazos con un estrépito espantoso en el momento en que el afilador apoyaba encima una pesada sierra.

Uno de los dos pedazos, que podria pesar quinientas libras, rompió las cadenas conductoras y pasando por una ventana fué á caer al patio y estuvo para aplastar á Enrique Little.

Afortunadamente Enrique, que vió á tiempo el terrible proyectil, pudo apartarse, arrastrando consigo al contra maestre Bayne.

El otro fragmento lanzado al techo, donde rompió una gruesa viga, habria infaliblemente aplastado al afilador si se hubiese quedado en su puesto; pero el terrible choque que sufrió le arrojó sobre la piedra vecina.

Antes de que hubiesen tenido tiempo de salvarle, el desdichado Simmons se enredó en las correas, que le lanzaron sobre el tambor, el cual le despidió contra la pared horriblemente magullado.

Apresuráronse á detener el vapor y á cortar las correas. En todo esto se gastaron algunos segundos, y en tales casos cada segundo equivale á un pedazo de carne arrancado ó á un hueso roto.

Cuando Little, pálido de emocion, volvió al taller en medio de la confusion provocada por la catástrofe y los gritos de espanto de todos los presentes, los afiladores sacaban del angosto espacio comprendido entre la pared y el tambor un objeto informe que dos minutos antes era Ned Simmons y tramaba con Tucker un acto de violencia.

Extendieronle en el suelo sosteniéndole la cabeza, y los obreros reunidos en su derredor contemplaban horrorizados la infortunada víctima.

Su rostro estaba tan blanco como el de un muerto, los ojos se le sallaban de su órbita, sus dislocados miembros temblaban todavia con la fuerza del sacudimiento.

— No será nada, murmuró con voz débil; sin embargo, creo que no necesito mas... está acabado...

Pasado el primer momento de estupor los obreros hablaron de trasladar al herido á la enfermería, pero Enrique se opuso y dijo:

— No, no, antes pagaré yo al doctor. Que le lleven á su casa, porque allí estará mejor cuidado y tendrá todos los socorros necesarios... yo corro con eso... ¡Ah! ¿Por qué no ha querido escucharme?

Trajeron una camilla y el triste cortejo atravesó la ciudad, en tanto que un obrero se habia adelantado para dar á la esposa la mala nueva.

Little corrió á buscar al doctor Amboyne, que fué al instante á visitar al enfermo.

Tucker ayudó á la traslacion y luego fué á contar á Grotait lo que habia ocurrido.

Aunque era un desalmado, Dan hizo su narracion balbuceando; Grotait tenia los ojos húmedos.

Ninguno de los dos habló del retraso que aquel accidente causaba á la ejecucion de su proyecto contra Little.

Habríase dicho que no se atrevian ya á pensar en aquella infamia.

Enrique Little, que no se sentia con valor para ir á trabajar aquella noche, volvió á casa del doctor á saber noticias del paciente.

— ¿Creeis que vivirá?

— No respondo de ello; en todo caso, para él se ha concluido todo trabajo.

Al cabo de una pausa el doctor, dirigiendo á Enrique una mirada penetrante, le dijo:

— Voy á haceros una confidencia que será una prueba para vuestro carácter. Siempre sospeché que ese hombre era el autor del atentado que se cometió contra vos; pero ahora mis sospechas se confirman.

— En ese caso, dijo Enrique despues de un momento de sorpresa, ha llevado el pago que merece.

— ¿Y qué quiere decir eso? ¿Que le perdonais ó no?

— Le perdonaria si me lo pidiera.

— ¿Y de otro modo no?

— No; por mas esfuerzos que hiciera no podria.

— ¿Es cierto que os habeis opuesto á que le llevaran á la enfermería?

— Sí, pagaré los gastos que ocasione su enfermedad, si es preciso. Nada le faltará; pero no me pidais otra cosa, no exijais que quiera bien á mis enemigos, pues soy hombre que detesta la hipocresia. Sí, doctor, creedme, todos los hombres aborrecen á sus enemigos aun cuando aparenten que los perdonan.

El doctor se sonrió con aire satisfecho y dijo:

— Me agrada vuestra franqueza; pero ¿supongo que yo no soy vuestro enemigo?

— Sois el mejor amigo que he tenido en mi vida, despues de mi madre.

— Me alegro, porque tengo que pedir os un favor.

— Concedido.

— Quiero saber de un modo cierto si fué Simmons el autor del atentado contra vuestra persona, y no veo mas que un medio de indagarlo.

— Decid pues.

— Que le interrogueis vos mismo; estoy seguro que no morirá sin confesarlo. Llevadle esta botella de vino y este medicamento que no debe tomar sino en el caso de que sus dolores sean muy agudos.

— Doctor, dijo el jóven alejándose, haceis de mí todo lo que quereis.

Algunos instantes despues estaba Little á la cabecera del enfermo.

El ojo del paciente apenas se veia bajo las vendas que cubrian su frente; un encarnado febril cubria sus mejillas; su respiracion era jadeante y entrecortada.

El jóven Little le miró con compasion y se preguntó si era aquel el hombre que le habia puesto á dos dedos de la muerte.

— Simmons, le dijo, os traigo vino.

El afilador levantó sus párpados y los volvió á bajar sin decir una palabra.

— Dadme una cuchara, dijo Enrique.

Mrs. Simmons estaba sentada al pié de la cama, entregada á su dolor hasta el punto de ser insensible á todo lo que pasaba en derredor suyo; pero su hermana, jóven muy despierta, que habia acudido á la primera noticia del accidente, fué á buscar y trajo la cuchara.

Enrique dejó caer en ella algunas gotas del licor que presentó á los labios del enfermo.

Este bebió con una satisfaccion visible, y despues el obrero escultor le administró otra cucharada.

Entonces Simmons le miró con alguna atencion y se notó en él una especie de estremeamiento.

— Enrique Little, el que os aconsejó que cambiárais la piedra.

— ¡Ah! exclamó Simmons con aire confuso, ya me parecia que érais vos.

Y al cabo de una pausa añadió:

— Habria debido escucharle... Dame otra cucharada... ¿Qué es?...

— Vino de Oporto.

Enrique se volvió hácia la jóven y la dió un soberano para que comprase costillas de carnero, añadiendo que la carne y el vino eran los remedios mejores para aquel enfermo.

Así que salió la jóven Enrique trató de consolar á la pobre mujer que no cesaba de lamentarse; pero su propio dolor le comprimaba la garganta.

La infortunada criatura se hallaba ya muy próxima al parto y era una lástima verla inclinada sobre el cuerpo mutilado de su marido, que parecia tocar á sus últimos instantes.

Little se sentia desfallecer cuando trataba de dar ánimo.

El herido le oyó y murmuró:

— Acercad la luz.

Enrique tomó la vela y la aproximó á la cama.

— Quiero verte la cara, dijo Simmons.

Enrique, aunque sorprendido, se apresuró á satisfacer el capricho del enfermo.

Despues de haber contemplado un instante el rostro del obrero escultor, el herido lanzó un gemido y dijo:

— ¡Ah, disfrutas de buena salud y yo estoy tendido en mi lecho de muerte!... ¡Es extraño!...

Volvió la hermana. Enrique Little habló un instante con ella, la contó toda la historia de la piedra y la dijo que habiendo impedido que el paciente fuese llevado á la enfermería, corria él con todo; y en su consecuencia dió las señas de su casa á la jóven y la encargó que le llamara si era necesario.

Seguramente el enfermo prestó atencion á los discursos de las mujeres que hablaron de todo esto.

Al otro día por la mañana Elisa Watney fué á buscar á Enrique, diciéndole que su cuñado queria hablarle.

La jóven tenia los ojos encarnados y parecia muy conmovida.

Enrique salió con ella y la preguntó en el camino qué era lo que tenia.

— No me atrevo á decíroslo, respondió Elisa sollozando, pero me prometo que le perdonareis. ¡Es tan ignorante!

— Aquí estoy, Simmons, dijo Enrique Little.

— Sí, lo veo.

— ¿Puedo hacer algo por vos?

— No.

— Sin embargo, me habeis mandado á llamar.

— ¿De veras?... Puede ser; pero dadme tiempo... No es tan fácil mirar á un hombre de frente y decirle... lo que yo tengo que decirte... Y no puedo morir con este peso en el corazon... Me ahoga desde que me diste de beber el vino de Oporto... Quiero decir... ya sabes la mala pasada que te jugaron en la fábrica Cheetham... Yo fui quien lo hizo todo... Pero ¿qué quieres?... Era un ignorante...

Aunque Enrique esperaba esta confesion, al oirla se quedó petrificado.

Hubo un silencio de muerte, y por fin Little tomó la palabra y dijo:

— ¿Quién os sugirió aquella accion?

— Eso no lo digo.

— Contadme cómo lo hicisteis.

(Se continuará.)

Cuadros parisienses.

Paris sitiado presenta aspectos, figuras, escenas y particularidades interesantes. Aquí levantan el empedrado de las calles para amortiguar el choque de las bombas; allí los museos y las bibliotecas toman sus precauciones de combate. En otra parte se construyen andamios para poner al abrigo las magníficas páginas de escultura que dan vida al Arco de triunfo de la Estrella. Una Iliada de piedra que debe ser preservada de los proyectiles.



A la puerta de la alcaldía.



¡ No hay noticias !



La vendedora de la margarita nacional.



Mudanza de familia.



Peticion para los heridos

Además, en cada casa se hacen preparativos para luchar contra las bombas prusianas. En todos los pisos hay cubos de agua y montoncillos de arena.

Los liceos, los edificios públicos, las estaciones de los ferro-carriles se han trasformado en cuarteles.

Los wagones de los ferro-carriles constituyen excelentes dormitorios, como puede verse en uno de nuestros dibujos de la página 296.

¡ Qué de escenas curiosas !

Tomando los acontecimientos desde algunos días antes del sitio, se puede trazar un cuadro lleno de instrucciones características.

— ¡ No hay noticias ! Hé aquí seguramente para los nervios parisienses el mas horrible de todos los suplicios.

Así era que en aquellos días erueles en que se esperaban con tanta ansiedad los partes del teatro de la guerra, las puertas de las alcaldías estaban asediadas por una multitud de curiosos esperando que el gobierno trasmitiese por medio de sus carteles manuscritos las noticias militares que podía haber recibido.

A veces lo que se leía era un anuncio que, poco mas ó menos, decia lo siguiente :

« ¿ No hay entre vosotros algun hombre de mala voluntad que desee un sustituto por cuanto vos contribuisteis?... Si lo hay, aquí están las señas del sustituto. »

Otros de los que hacian tales ofre-



El trofeo.

cimientos obraban con mas franqueza : se plantaban el anuncio en el sombrero diciendo el precio de la sustitucion y pasaban las horas muertas delante de las alcaldías.

Por en medio de los compactos grupos solia atravesar de tiempo en tiempo alguna graciosa ramillettera.

¡ Oh prodigio ! Hasta las flores hacian allí una manifestacion patriótica.

— ¡ La margarita nacional, señores ! decia la ramillettera. Y como por encanto despachaba la mercancia.

En los pasajes, en torno de los kioscos, en las estaciones de omnibus, todo el mundo lee desde la primera hasta la última línea los periódicos nuevos y antiguos.

Los nuevos abundan que es un portento, como que ya no hay ni fianza ni timbre.

Del 4 de setiembre al 4 de octubre han salido los siguientes :

La République, cotidiano ; 5 céntimos el número.

La Patrie en danger, cotidiano ; 5 céntimos el número.

El Patriote, órgano de la República universal ; cotidiano ; 5 céntimos el número.

L'Europe libre, periódico de los Estados-Unidos... de Europa ; 5 céntimos el número.

La Défense nationale, cotidiano ; 5 céntimos el número.

El Courrier français, cotidiano ; 10 céntimos el número.



El barbero improvisado.

La *Commune de Paris*, cotidiano; 5 céntimos el número.

El *Salut Public*, periódico ilustrado; 40 céntimos el número.

El *Peuple souverain*, independencia racional y República; cotidiano; 40 céntimos el número.

El *Combat*, cotidiano; 40 céntimos el número.

Bulletin de la municipalité de Paris, periódico-cartel publicado por el gobierno.

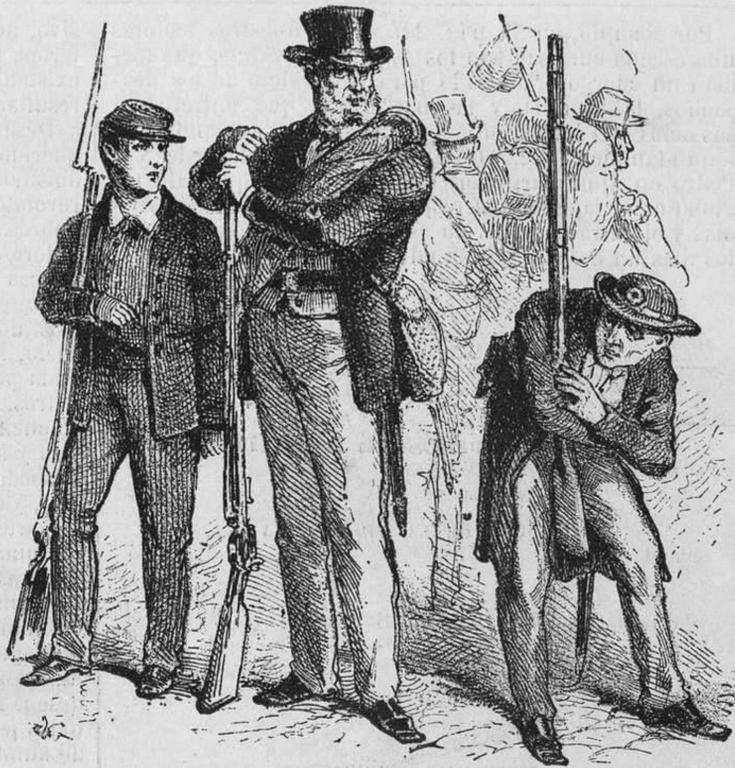
El *Moniteur de la République*, periódico del sitio, cotidiano; 5 céntimos el número.

Las *Nouvelles* (se publica 4 veces al día); 5 céntimos el número.

L'Avant-Garde, diario de la guerra, cotidiano; 5 céntimos el número.

La *France républicaine*, cotidiano; 5 céntimos el número.

La *Défense*, 5 céntimos.
La *France nouvelle*, cotidiano; 40 céntimos.



Tipos de guardias nacionales.

La *Populace*, periódico radical cotidiano; 40 céntimos el número.

De estos periódicos 6 han cesado ya de publicarse, que son estos: el *Patriote*, la *Europe libre*, la *Défense nationale*, la *Commune de Paris* y la *France républicaine*.

Todo esto se devora en las calles y en los cafés con el interés constante que inspira el deseo de saber noticias.

Cerrados los teatros, los cafés son el refugio de los desocupados hasta las diez y media de la noche, hora de rigor fijada por los bandos de buen gobierno.

Pero en los cafés, ¡qué de escenas dignas del lápiz y aun del pincel de un artista!

Noches pasadas dos combatientes de las afueras de París llevaban en triunfo por los cafés del boulevard San Miguel, un casco, una espada y una faja de oficial tudesco. No hay para qué decir si la gente miraba y admiraba los tales trofeos.

También aparecen por los cafés con la bolsa en la mano los individuos de la Sociedad filantrópica que viden por los heridos, y es raro que no recojan por todas partes abundante cosecha.

Las escenas cambian á cada instante para el observador que recorre en el día este París tan diferente de lo que era hace tres ó cuatro meses.

Echemos una ojeada á ese banco del boulevard en donde un guardia móvil está afeitando á su compañero. En un fragmento de botella ha hecho



Los guardianes de la paz pública.

la espuma y la navaja corta como Dios quiere.

¿Veis esos tres gabanes de capucha de tosco paño azul oscuro que están dando á una criada una indicación de alguna calle? Pues son los nuevos agentes de la Guardia urbana, llamados *Guardianes de la paz pública*.

Van siempre de tres en tres, y París que se rie de todo no ha dejado ya de bautizarlos con el nombre de los tres Anabaptistas.

En cuanto á los vendedores de periódicos y al ruido que se oye en los puestos donde se vende la carne de caballo, esto no es para contado, es para oído.

Pero hé aquí que pasa un batallón de Guardia nacional al toque de llamada, y todo el mundo sigue con la vista á un jorobadillo que hace todos los esfuerzos imaginables para disimular el bulto.

No se puede negarle el fusil. En la alcaldía metió un alboroto de todos los diablos, y al empleado que le miraba desdeñosamente le respondió con altivez que su joroba era una exhuberancia de patriotismo.

No hubo mas remedio que incorporarle en las filas.

Estamos muy lejos de haber trazado aquí una pintura completa de los cuadros que el observador tiene á la vista en esta gran ciudad sometida hoy á los rigores de un sitio y donde todo respira el ardor de la resistencia hasta el último extremo.



Consumo de periódicos en las estaciones de los omnibus.



Los puestos de carne de caballo en el mercado.

Por ejemplo, en la pág. 297 verán nuestros lectores una escena curiosa: son los *Enfants de Paris*, que forman un cuerpo organizado para el servicio de los desechos, las bombas y las barricadas, que entretienen sus ocios con juegos propios de sus años; así como hallarán también (pág. 296) una vista de la plaza de San Pedro en Montmartre en el momento en que sale un globo con viajeros y correspondencias para las provincias y el extranjero. Es un espectáculo que atrae todos los días un crecido número de curiosos.

P. P.

De Villahermosa á la China.

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Libro tercero.

ESPERANZAS PERDIDAS.

I.

Creíamos no há mucho que huyendo de las populosas capitales, lograríamos apartar de nuestros ojos el espectáculo de peripecias lastimosas. Habrían tal vez creído y esperado nuestros benévolos lectores que con trasportarnos á provincias retiradas y á campiñas amenas, á una abadía religiosa ó á un devoto santuario, traeríamos sobre ellos y sobre nuestros héroes aquella paz del espíritu y aquella apacible serenidad de impresiones, en que nos adormecen, cuando la vista está caída y el ánimo atribulado, la lectura de los antiguos idilios ó la meditación cándidamente sublime de las leyendas de los santos.

Harto recelábamos, empero, que nuestras esperanzas se habían de ver defraudadas, y que nuestras buenas intenciones se estrellarían fatalísimamente con el carácter de la vida y de la época que nos ha cabido en herencia y patrimonio...

¿Qué nos vale haber dejado las ciudades tumultuosas y las cortes corrompidas?... ¿Qué sirve que el destino nos haya traído al mas apartado rincón entre los retiros mas oscuros, al extremo del radio mas largo del centro del gran mundo?...

¿Qué importa que, huyendo de esa sociedad, movida, como la antigua concurrencia del circo romano, con el ansia de espectáculos sangrientos, nos ocultemos en la sombría hondura del valle mas escondido que montañas fragosas ciñeron y mares procelosos limitaron?...

No ciertamente á otro lugar, sino á otro siglo debiéramos ser llevados. No era bastante refugiarnos á las espesuras de los rústicos vergeles, ó buscar la venerable sombra de un paraceto de vestales religiosas; hubiera sido menester volvernos á los días oscuros y apacibles de uno de esos siglos privilegiados de creencia y disciplina, en que los hombres no conocieron otros infortunios que las plagas del cielo ó la acción de los elementos; los dolores del mal físico y las desgracias de la muerte, que Dios envía y que Dios consuela...

En aquellos tiempos, donde quiera que hubiéramos buscado y descrito padecimientos y desdichas, hubiéramos encontrado casos de desventura, pero no almas en desesperación; hubiéramos visto perversos ó pecadores, soberbios ó malvados, creando el mal en su rebelión contra Dios y el crimen en su guerra contra los hombres; pero no hubiéramos podido ni figurarnos siquiera esos sacrílegos suicidas de su propio bien y de su natural virtud, luchando con el infortunio de su misma fantasía, peleando á brazo partido con la bondad de su corazón, haciendo sombra con sus propias manos á la luz derramada sobre su espíritu, entregados al verdugo de su propia conciencia, víctimas ó mártires de sus propias dudas y de sus propias flaquezas; sufriendo como Satanás, el tormento de querer ser en la tierra dioses, para verse despeñados en el abismo de no poder ser ni racionales siquiera.

Hoy, por el contrario, á cualquiera parte que vayamos á copiar las escenas y caracteres de la humana vida, podrá tal vez ser menos oscuro el fondo del cuadro donde nuestras figuras se muevan, y menos horrible el aspecto de las fisonomías que en él se dibujen; será tal vez menos cargado el negro de sus sombras, menos sangrientos los crímenes que cometan ó menos crueles los castigos de que sean ejecutores ó reos... pero la desgracia será mas íntima y mas irreparable, y el contagio del llanto y del crimen entre los seres de la humanidad, mas extendido y mas identificado con la humanidad misma.

No están ahora el llorar y el crujir de dientes en las tinieblas de afuera, sino en la oscuridad interior de nuestro corazón, del cual hemos hecho el infierno de la vida cuando hemos querido suprimir el de mas allá de la muerte.

Desde que el hombre, como un valetudinario apren-

sivo, no hace mas que contar las pulsaciones de sus arterias, todo reconcentrado en el exámen de su propia existencia, el delirio y la manía han sido el inevitable resultado de esta inspección supersticiosa.

Desde que, negando la luz al sol de los cielos, ha querido acercar una antorcha encendida de su mano al abismo cavernoso de su propio sér, hánse visto salir y revolotear ignorados espantables vampiros sobre la tenebrosa guarida, y prendida la llama como en el respiradero de un gas combustible, las que parecían mas frescas y retiradas grutas han tomado el aspecto de asfixiantes solfataras...

El dolor y el crimen, la desesperación y el desconsuelo, la miseria y el suicidio, la blasfemia impía y la duda ponzoñosa, han dejado los antiguos misteriosos antros, donde la justicia los perseguía ó la grandiosa elocuencia los revelaba. Do quiera que el hombre respira y siente, en todo cerebro donde una inteligencia se hospeda, en todo lugar donde un corazón desea y palpita, ya sea en las alturas de un quinto suelo, ya bajo los arcos dorados de un palacio; lo mismo en los perfumados salones de la ociosa opulencia que en las infectas zahurdas de la trabajosa miseria; así en las calles donde se apiña la muchedumbre borrascosa de las Babilonias modernas, como en esas apartadas montañas, que envían de cuando en cuando sus vientos y sus nubes á las populosas metrópolis, por todas partes los deseos infinitos del corazón, sin correctivo ni valla; por todas partes la curiosidad de la inteligencia, sin freno de autoridad y sin carril de criterio; por todas partes la exaltación de los sentidos, sin limitación de moral barrera, y las aspiraciones satánicas del alma, sin dirección de objeto ni siquiera posibilidad de resultado, hacen de cada retiro de las almas humanas uno de aquellos pozos de ardiente tormento que descubrió, en el primer círculo de los eternos castigos, la tremenda visión del poeta florentino.

Aquel hombre de pasiones políticas y de visiones teológicas vivía sin duda en un mundo como el nuestro. Su inspirada fantasía no le llevó por la mansión de los suplicios del Tártaro, sino para hacerle la revelación apocalíptica de los giros del tiempo y de la desolada región de todo nuestro siglo...

¡Ay, sí! *Lasciati ogni speranza* también, los que nos seguís por el apartado camino por donde descendemos. Creíamos que era un río de frescura y de perfumadas brisas aquel á cuyas orillas os llevábamos, que era una mansión de paz el retirado monasterio á cuyos umbrales os conducíamos.

Ya lo veis: la pasión, el deseo, la presunción, la impiedad, el egoísmo y la desesperación descreída han venido con nosotros, como las miasmas de una universal epidemia que con nuestro aliento y nuestras ropas traemos.

Esos cenobíticos muros relumbran, rojos y caldeados por el fuego interior, como las almenas de Dite; sobre ese río revolotean, como á las orillas del Leteo, almas atormentadas, que no tienen quien las pase de la otra banda del olvido.

Por esa tierra del azahar, donde los limoneros florecen, vamos oyendo siempre la terrible palabra de Byron, que todo allí es bello, menos el espíritu del hombre... Entre los suspiros que ahogan los rústicos techos, con las oraciones que se elevan de los umbrales de esas cabañas; entre los cantos que suben al cielo dentro de esos muros piadosos, sobresale siempre dolorida aquella voz que *piange e dice*.

Bajo las locas de la religiosa encontramos todavía la amante desesperada ó la coqueta mal arrepentida; bajo las apariencias austeras de un pensador profundo se nos revelan los tormentos del sensualismo aburrido y de la ambición chasqueada, y en los padecimientos y angustias de la ternura no satisfecha ó mal dirigida, descubrimos aun la eterna tentación del fruto vedado ó la tenacidad orgullosa del amor propio empeñado y ofendido.

A la sombra de los árboles de Valle-de-flores, la Sofía alucinada y visionaria, delirante y enferma, la misma es que la joven caprichosa y ardiente, la máscara inconsiderada y aventurera de los salones de Villahermosa; la misma cuando sueña castillos aéreos de felicidad ideal y de quimérico amor, tendida en una carretela que cruza el Prado, que cuando, poseída de los malos espíritus de alucinación apasionada, rechina en las tinieblas la desfallecida frente contra los punzantes espinos del seto de una vereda...

Casi dos meses se habían pasado desde la noche de aquella enfermedad... Los asiduos cuidados de Irene y la asistencia tenaz y vigilante de Enrique habían traído á feliz término la crisis de aquel acceso.

Las fuerzas de la juventud no habían faltado á Sofía, y la ternura de aquellos dos corazones, que tanta riqueza de caridad y de afección atesoraban, había logrado, por el momento á lo menos, conjurar con la realidad de sentimientos tan vivos y tan poderosos la siniestra influencia de otros afectos sentidos en visión, el vago y nebuloso fantasma de otros objetos aparecidos en sueños.

Javier había dejado aquellos contornos á los dos días de la enfermedad de Sofía llamado por graves cuidados y por sus particulares negocios á una ciudad distante mas de treinta leguas, donde tenía por entonces su habitual residencia.

El silencio que Irene y Enrique, por diferentes razones y miramientos, guardaban sobre aquel hombre, había permitido que su memoria quedara relegada para la enferma en la región de sus habituales alucinaciones.

En el largo período, á lo menos, de aquella convalecencia, ni un nombre, ni una palabra, ni una sola pre-

gunta había revelado á Irene que aquella aparición fuera contada de alguna manera por su amiga en el número de los incidentes, no ya de importancia, pero ni de realidad siquiera.

Con todo eso, Irene no estaba tranquila ni segura. Era llegado el día de hacer á su amiga la última visita en su casa, debiendo ya Sofía empezar á salir de la suya, y conservaba aun acerca de su estado la inquietud de los médicos experimentados por los dementes que han asistido y curado en su primer acceso.

En aquellos dos meses de constante compañía había sondeado muy profundamente el corazón de una mujer, que en años mas tiernos le había parecido frívola y ligera. Al dejarla ahora restablecida, y en apariencia consolada, creía observar que aquella alma quedaba sumergida en una quietud, que no era reposo tanto como desaliento; que si había recobrado la calma, no había vuelto á su vivacidad y ardimiento, y que con la alegría había perdido la franqueza.

En su olvido de lo pasado, había creído ver Irene un esfuerzo de afectación, y en las seguridades que no dejaba de dar sobre el reposo de su porvenir, traslucía la reserva, tal vez involuntaria, de una desconfianza que había llegado á cobrar miedo de su severidad. Por eso, en sus últimas conferencias, había hecho esfuerzos meditados y prudentes para que su amiga no confundiera los propósitos de un racional olvido con el despecho de la desesperación.

Quería infundirle la complacencia orgullosa de una abdicación voluntaria, mas bien que la aceptación fatalista de una necesidad impuesta, y prefería que sobre los abismos donde aquella alma guardaba sus extrañas memorias hubiera una claraboya de esperanza, á que bajo una losa irrevocablemente sellada, la pasión, como la lámpara inextinguible de las antiguas tumbas, estuviera eternamente encendida.

Tal vez en alimentar este deseo se hacia ella misma la ilusión de un fantástico proyecto; acaso lo que pensaba que pudiera ser para su amiga una lontananza de ventura, lo era para ella de complemento de expiación. Tal vez acogía la única esperanza que le podía dar á ella misma tranquilidad completa...

Ella era quien, por sus propios sentimientos, podía conocer si la salud endeble, si la razón padecida de la delicada convaleciente, estaba muy segura contra el recargo impensado de cualquier febril influencia.

Ella, por su propio corazón, podría saber si aquella calma no estaba acaso tan expuesta á turbarse de improviso, como se espanta la serenidad de una paloma posada, al ver cruzar sobre el suelo la sombra de las alas del milano; como se eriza el pelo de una corza tendida, sintiendo de súbito estremecerse las ramas de los jarales al raudo correr del sabueso aventado...

Por su parte, Sofía misma, á las confianzas vagas de Irene, y á sus insinuaciones embozadas de un porvenir de mayor ventura, siempre había respondido con tan resignado movimiento de hombros, con tan desalentada sonrisa de indiferencia, que Irene, tan perspicaz en descifrar los geroglíficos del gesto, había comprendido posible, en un porvenir mas ó menos lejano, antes que la peripecia de un matrimonio, la catástrofe de un suicidio.

Una circunstancia inesperada vino á agravar de súbito los recelos de Irene, y á añadir á la preocupación afectuosa de su interés y amistad, la exaltación, un tanto mas personal, de sus propios padecimientos. Retirándose la última vez de la morada de Sofía, para no dejar ya el convento si otro mas grave accidente no la determinaba, tocábale pasar á las inmediaciones de una de las casas mas próximas al presbiterio de la parroquia.

Era la caída de la tarde, caminaba despacio y con fatiga, y acompañábala el eclesiástico que la asistía en todas estas salidas y excursiones. De improviso, y á través de un enramado seto, que separaba su camino de los umbrales y entrada de la rústica habitación, hirió distintamente sus oídos el animado rumor de una conversación de aldeanos, que en aquel recinto se ocupaban, al parecer, con vivo y directo interés, de personas y cosas que en este momento no podían serle indiferentes.

El murmullo de las alternadas voces revelaba, reunido delante de la puerta, un corro de ancianos, de mujeres y de jóvenes de ambos sexos, que, unos con lástima y pesar, otros con inquietud, y otros con esperanza, hablaban de una persona que al parecer aguardaban en aquel sitio. A través del espeso ramaje de los sauces y mimbreras no podía Irene descubrir los semblantes de los interlocutores, que la dudosa luz de esta hora hubiera en todo caso velado. Pero las palabras de la conversación llegaban á sus oídos bastante distintas para comprender su sentido y su conjunto, y para que el interés de su objeto le hiciera involuntariamente detener un momento sus pasos y concentrar su mas detenida atención sobre este diálogo.

Era su principal asunto la situación y estado de una joven muy querida por aquellas gentes, que había estado en grave peligro de morir, y que, merced á los cuidados y consuelos de un singular amigo, había recobrado la esperanza de la vida ó la tregua de la muerte. Aquella misma tarde había podido salir con su benéfico salvador á respirar el aire de los campos, y no debía ya tardar en volver á su morada. Allí decían de ella las mujeres, que la semana anterior parecía no tener vida sino para algunas horas, y añadían los mancebos que, sin embargo, cuando la vieron bajar á los sotos de la vega, sostenida del brazo de aquel caballero, semejava una joven de quince años y un serafín de hermosura... Allí añadía otra voz con el acento de amarga pena que parecia re-

ve lar el corazon de una madre alarmada, que los dias de la jóven estaban contados; que aquel señor habria de ausentarse de nuevo, y que, aunque la enfermedad diera treguas durante el verano, le habria de ser fatal la caída de las hojas....

Allí decian de aquel hombre que desde la última vez que habia estado en el valle, parecia haberse envejecido veinte años.... Allí calculaba un anciano, en otro tiempo marinero, y que habia conocido á su padre sirviendo como oficial de marina en el combate de Trafalgar, que no podia pasar de cuarenta años el que suponian ya viejo. Allí sospechaban los mozos de la vida y condicion de aquel hombre, que nadie conocia bien, y pocos sabian quién era, que se habia presentado como un misterioso advenedizo; y allí replicaron los ancianos que á aquel caballero se le conocia en todo el mundo, que todos ellos habian reverenciado y servido á sus nobles padres, y que á él mismo le debian innumerables favores y caridades. Allí los marineros decian que, como digno descendiente de sus mayores, habia dado la vuelta al mundo en peligrosos viajes y visitado las mas remotas regiones; y añadan las mujeres con veneracion religiosa que habia sido peregrino en Jerusalem y en Roma, y que habia traído de la Tierra Santa y de la presencia del soberano Pontífice, la bendicion de Dios en sus manos y la gracia del consuelo en sus palabras.... Lo único que en aquella conversacion, al parecer, no sabian, ó por notorio y evidente no trataban, era qué clase de interés y de afición, qué antecedentes de parentesco ó de compromiso de amistad ligaban á aquel no bien definido personaje con la jóven y desahuciada enferma....

La campana de la iglesia, que hizo la señal de la oracion, interrumpió la conversacion que suspendieron, para rezar en coro el Ave María. Siguió Irene entonces su camino con el capellan que la acompañaba, asimismo recitando en voz baja la salutación angélica; pero, al cruzar por delante de la fuente del átrio, vió levantarse de un banco de césped que á su lado habia, dos personas, que eran sin duda las esperadas en el corro de la aldea. La luz del crepúsculo, tenebroso allí, por la espesura de los árboles y de los parrales, no dejaba sino divisar los bultos, y apenas los contornos de las dos figuras. Era la una aquella hermosa enferma, de lento andar y de respiracion anhelosa, que, apoyándose con sus dos brazos cruzados en los de aquel hombre, parecia mirar su rostro con un ademan de profundísima atencion y embeleso....

La otra..., no podia dudarlo.... la otra era aquel jóven de sesenta años, aquel hombre de las bendiciones y de los consuelos, de los misterios y de los trabajos, aquel científico navegante, aquel peregrino de Jerusalem y de Roma, aquel caritativo bienhechor y aquel amigo galante, que tenia en la casucha del presbiterio una misteriosa protegida, en la residencia de la colina una víctima, ¡ay! y quizá una mártir dentro de las paredes del monasterio.... Irene reconoció, á la claridad del crepúsculo, aquella frente, como la hubiera reconocido en el esqueleto de un osario.... distinguió, como un sonido familiar, el murmullo de aquel acento remiso, que cruzó con el capellan el saludo de la noche; y, á no detenerla el sacerdote media hora despues á los umbrales del convento, el sol hubiera salido sobre las cumbres del Oriente sin que Irene hubiera suspendido, ni por fatiga de cansancio ni por determinacion de pensamiento, el silencioso andar, en que la sostenian y la empujaban, como vientos de afluentes tempestades, sus antiguos pensamientos y sus nuevos decisivos propósitos....

A la puerta misma del convento habia reconocido á Pablo el Triste, que salia de la iglesia, y que le hizo, como de ordinario, su respetuoso saludo.

— Espera en la portería, Pablo, le dijo Irene al pasar.

Y fuése aquel hombre á esperar, inmóvil y humilde, donde le habia dicho la religiosa....

— No hay remedio, dijo para sí Irene, subiendo á la celda; Javier ha vuelto al valle.... Sofia le verá.... Aun sin verle, sentirá cerca de sí su presencia, como las gacelas en el desierto sienten la presencia del león.... Es preciso un desenlace para este drama, que es una tortura.... es menester poner un término, aunque sea de muerte, á esta enfermedad intolerable, que es una agonía.... es menester que la cuchilla del sacrificio corte el áspero ceñidor de una estéril y sobrehumana penitencia.... ¡Que Dios corone, en su santa misericordia, lo que voy á hacer, y aparte las miradas de su severa justicia de todas las razones que persuaden mi espíritu, de todos los sentimientos que determinan mi voluntad!... ¡Que Dios acepte la sangre que mi corazon destile!... no me pida cuenta del despecho con que me hiero, ni del grito que arranque á mis labios el dolor del cuchillo....

Y sin acostarse, sin descansar, sin desceñir sus tocas y sin deponer su escapulario, escribió sobre un papel tres laónicas líneas, suplicando á Javier que viniera á verla sin falta á la tarde siguiente, en el locutorio alto del monasterio.... La carta fué llevada sin tardanza por Pablo el Triste á la casa de la aldea que Javier no debia haber dejado antes de la hora del rosario, y á cuya puerta le esperó, hasta que al salir la puso religiosamente en su mano.

II.

Era el dia siguiente cuando Sofia debia dar principio á sus paseos de convaleciente, si no de restablecida. Irene no habia querido perder tiempo en evitar que, hallándose todavía en una situacion delicada, se encontrara de nuevo con la realidad de aquella aparicion

sinistra. Por fortuna, y para tranquilidad de su espíritu, aquel dia no amaneció propicio para la primera salida de quien tanto tiempo habia estado encerrada. Reinaba en la atmósfera un calor sofocante, impropio del principio del verano, y siempre excepcional en aquel clima. El cielo estaba cubierto, por las cuatro esquinas del horizonte, de nubes, que parecian remolinos de ceniza, elevados por el viento, de las pavesas de un incendio ó de las escorias de una fragua; y el mar, sin levantar todavía grandes olas, bramaba con aquel mugido de concentrada cólera que sale de sus profundidades, como removidas por huracanes submarinos. Habia en el aire una calma pesada, interrumpida á ratos por ráfagas de un viento abrasador; y Javier, que habia acudido desde hora muy temprana á velar por la salud de su delicada protegida, sobre cuyo mal los dias de tormenta solian determinar funestos progresos, cuando no peligrosísimas crisis, esperó allí muchas horas, alternando sus silenciosas meditaciones con lecturas en alta voz de sus autores favoritos, ya místicos, ya poetas, que tenia señaladas como mas consoladoras ó fortificantes....

Irene habia pasado en oracion toda la mañana.... asaltada luego de un pesadísimo sueño, habia tenido visiones de tempestad, y de nubes y ráfagas de fuego, que cruzando por delante de sus ojos, abrasaban y hacian hervir su cabeza.... Cuando vinieron á decirle que la esperaba Javier, despertó toda asombrada y tuvo necesidad de algun recogimiento para darse cuenta del motivo y del objeto de aquella extraordinaria visita. Antes de decidirse á recibirla, consultó las fuerzas de su corazon, como quien para ir á un duelo prueba el temple de sus armas y ensaya la agilidad y destreza de sus golpes; pero una vez fortalecida y determinada, resolvióse á llevar á cabo su propósito con serenidad y confianza, con su natural entereza, con dignidad tranquila, sin abatimiento de timidez y sin alarde de arrogancia.

Habia mandado que Javier esperase en un locutorio abierto, donde solo recibia á respetables prelados, á personas de distincion y de edad provecta. Javier al verla entrar con la no olvidada soltura de su distinguida sencillez, y tenderle la mano con su aristocrática dignidad, bien pudo figurarse que aun estaba haciendo los honores de aquel salon cortesano en que un dia habia brillado su elegancia tanto como su hermosura. Besó Javier, reverente y severo, pero tambien con los no olvidados resabios de su cortedad antigua, aquella mano amarillenta, larga, descarnada y fria, que se cruzó en seguida sobre el pecho. Fué Irene á ocupar, á la cabecera de una mesa de nogal, un antiguo y alto sillón de cuero tachonado de clavos de bronce, y Javier tomó asiento á sus piés, en un taburete de encina.

En aquella actitud y en aquella postura bien pudo creer por un momento que tenia delante de sus ojos la efigie de bulto vestida de Santa Teresa, como se la habian enseñado en la celda prioral de las carmelitas de Sevilla. Ni un pensamiento profano pudiera entonces pasar por su frente, ni un sentimiento irreverente ó indigno podia cruzar por la atmósfera de religioso respeto que llenaba aquella estancia severa, como del perfume de incienso y bálsamo que se aspira suavemente en el cerrado camarín de un santuario.

La luz era de suyo opaca y quebrantada por los cortinones que cubrian las altas celosías; pero aquella tarde las negras nubes, cada vez mas bajas y condensadas, cual si no pudieran abrirse paso entre los cerros de las montañas, de tal manera hacian oscuro lo interior del locutorio, que la figura de Irene se realzaba en su fondo sombrío, como si un resplandor interno la iluminara en transparente....

Javier sentado á los piés de la mesa, pudo muy bien creerse un momento el respetuoso secretario de una de aquellas soberanas ilustres que bajo las tocas de la religion, decidian de la suerte de las antiguas monarquías.

Si ella le hubiera entonces dictado sus órdenes, tal vez el mundo le hubiera visto ministro dócil y sumiso de su imperio....

Tal fué, á lo menos, la impresion primera que recibió de aquella entrevista: impresion diferente sin duda de las que él esperaba y contra las que habia procurado revestirse de fortaleza. Tal fué la primera idea que preocupó su espíritu, cuando despues de un momento de silenciosa contemplacion:

— Héme aquí, Irene, exclamó obedeciendo y esperando sus órdenes de Vd....

Vaciló un momento Irene, no tanto en la idea como en el modo de hablar á quien desde sus años mas tiernos habia tratado con maternal familiaridad.

Persuadida de que cuanto mayor diferencia estableciera entre aquel pavoroso pasado y su situacion presente, mas habia de gastar en inútiles exterioridades las fuerzas que habia menester para lo recio de la batalla, decidióse á no alterar un tratamiento que no sentaba mal cuando todavía de mandar y de ser obedecida se trataba....

— ¡Mis órdenes, Javier! respondió Irene. Si me creyera con derecho á dárlos, si hubiera abrigado la esperanza de verlos cumplidos, no te hubiera rogado que vinieras. Si he aspirado, si me he permitido llegar á la ventura de tenerte aquí, es porque me reservaba expiar esta complacencia con el tormento de hacerte una súplica, que puede ser negada... y de recomendarte una obligacion, que puede ser por tu parte desconocida....

¡Órdenes, Javier!... se necesitan derechos... yo no los tengo... bien lo sabes... y yo lo sé tambien... no los reclamo... Entre los dos no hay obediencia ni imperio... pero tampoco hay obstáculo alguno para que

nuestras voluntades, ó por mejor decir, nuestras conciencias, no puedan reunirse en el cumplimiento de lo que yo no sé si es para tí un deber... para mí es una obra de misericordia....

Escúchame con bondad, sobre todo con paciencia, Javier... perdóname y sufre mis divagaciones... Esos rugidos tan extraños que trae hoy el viento me distraen... En el silencio contemplativo de los claustros, no es mucho que los monólogos de la soledad, ó la costumbre de estas meditaciones incoherentes, que se parecen á ensueños, haya quillado la trabazon á mis ideas y la antigua precision á mis palabras... Si tuviera que darte órdenes me bastaria un gesto y un nombre... pero no sé lo que tardaré, cuando se trata de suplicar... ni será mucho que me oigas una hora, cuando vengo á pedirte la vida entera....

— Mi vida, Irene, interrumpió Javier... Para eso, no hables mas. ¿Necesitas mi vida?... Dispon de ella....

La palabra de Javier al decir esto, era tranquila y natural... pero la acompañó con una mirada de felicidad, que revelaba toda la abnegacion y espontaneidad con que abdicaba en manos de Irene la disposicion de su existencia....

Correspondieron tambien los ojos de la religiosa con un movimiento de admiracion, que envolvia la protesta de una gratitud inmensa... Tendió su mano encima de la mesa con un ademan equivalente á estrechar la de su interlocutor... sus ojos se inyectaron de oscuro vapor, como si quisieran romper en llanto; pero las lágrimas no acudieron á sus ojos. Un relámpago vivísimo cruzó entonces por la oscuridad de la estancia, un trueno lejano retumbó sordamente en las concavidades de las últimas montañas; Irene se estremeció instintivamente, pero ni sus oídos atendieron al alarmante estampido, ni sus ojos pestañearon al centelleo de las chipas del cielo....

— Gracias, Javier, contestó Irene. ¿Necesitar tu vida!... ¡necesitarla yo!... ¡Ojalá!... yo no necesito nada... ni de tu vida, ni de la mia... todo me sobra... hay momentos en que hasta es demasiada mi felicidad.

Y el tono de Irene, abatido y doliente, hacia un contraste harto lastimoso con estas palabras.

— Nada necesito, continuó, nada pido... lo tengo todo... Hay un Dios que escucha cuanto le ruego... un mundo de infelices que embebe cuanto lloro... un pasado ante cuya memoria son delicias todas las penas que sufro... el santo porvenir de una muerte, que no me hará esperar diez meses una tumba, que está ahí á diez pasos... No necesito nada... no tengo hambre... el dolor es un gran sustento... las bebidas amargas cortan toda sed... y yo he bebido todo mi cáliz... hasta la esponja de vinagre... Pudiera decir: «Todo está consumado...» Solo una palabra quisiera pronunciar antes... Hay alguien, Javier, á quien desde lo alto de mi pobre cruz quisiera decir: *Hija, hé aquí tu padre...*

Javier se estremeció, demudado, al oír estas palabras; pero Irene no le dejó tiempo de replicar.

— Escucha, siguió, ya te he dicho que divago mucho... escucha, como si escucharas en mi arpa fragmentos de melodías inconexas... No te pido nada, porque sé que me puedes dar todo. Pedirte la vida para mí, es como si me pidieras que me dejara matar por tu reposo... esto no seria pedir, sino como disponer de lo tuyo....

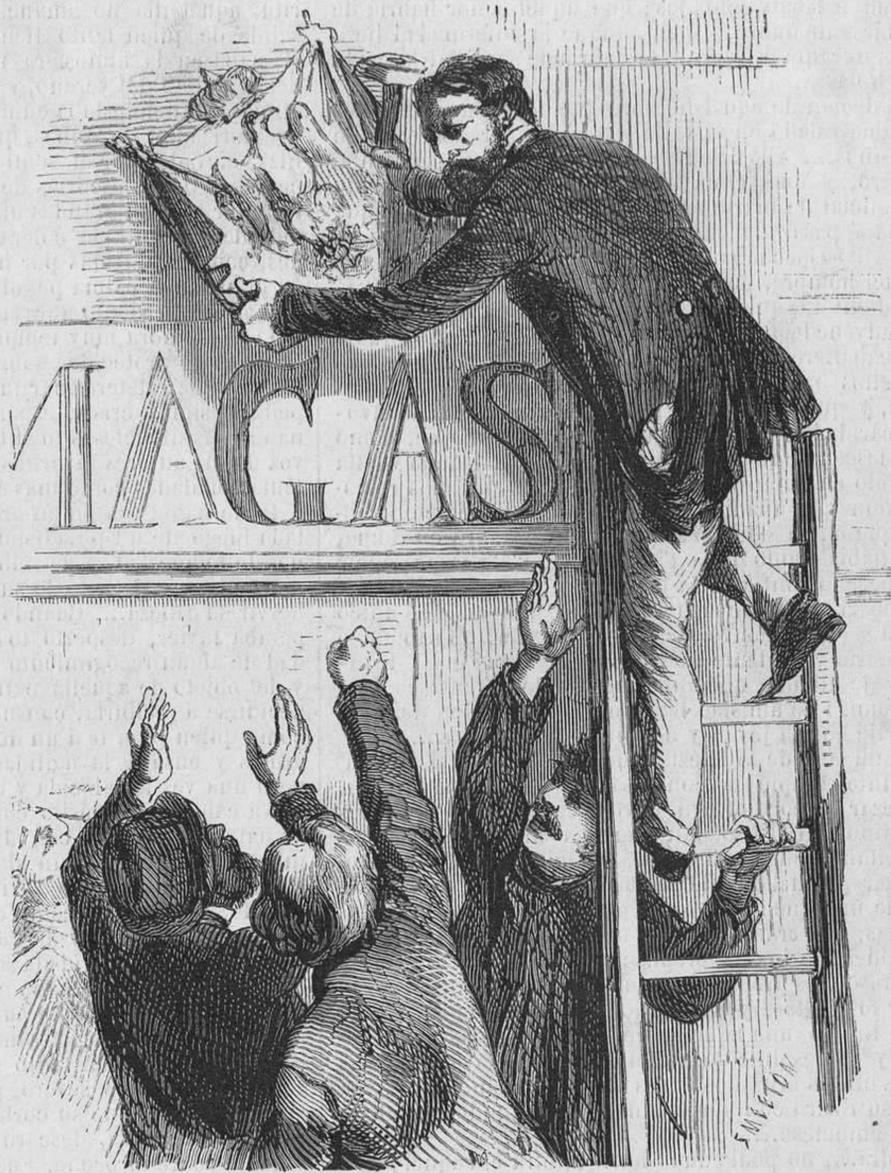
Y con un movimiento simultáneo, apoyando sus brazos á lo largo de la interpuesta mesa, miráronse ambos de lleno en lleno con una agonía indecible....

— Ya lo sé... nuestras cuentas están ajustadas... á mí todo me sobra... á tí nada te basta... Para mí ha bastado, despues del mundo, un hombre... despues de un hombre, la penitencia... despues la muerte... Para mí ha habido siempre toda la felicidad de que es capaz la vida... Un gabinete, un salon, una enfermería... ahora mi celda y mi coro... luego mi nicho del patio....

Pero á tí, Javier, ni el mundo te basta, ni el placer te satisface, ni la gloria te halaga, ni el trabajo te ocupa, ni la penitencia te quebranta. Todo cuanto se comprende en la esfera del mundo, todo cuanto abarca la posibilidad de un hombre, no puede darte un instante mas de reposo ni un átomo mas de dicha. Por mucho que se dilate el círculo de tu accion y el alcance de tu influencia, mayor será siempre el vastísimo horizonte de tus aspiraciones y deseos. Si todas las visiones de los profetas vinieran á revelar delante de tus ojos los misterios de toda ciencia y la incógnita de todo humano problema, todavía suspirarias por la verdad suprema de la intuicion divina. Si pudiera alcanzar tu caridad á todos los desgraciados, y remediar á todos los pobres y desvalidos de la tierra, quedaríate siempre el afán de mejorar toda condicion de malestar y de infortunio en las clases necesitadas; soñarías en ir mas allá de la Providencia, haciendo desaparecer del mundo las miserias colectivas, y tratando de hacer opulentas á las muchedumbres menesterosas.

Ya lo ves; aunque no he penetrado en todos los doblés de tu corazon, he seguido todos los vuelos de tu alma... He tenido ¡Dios me perdone! la vanidad de que no pudieras decirme: «Nadie me puede seguir,» sin que yo pudiera replicar: «Tú no sabes adónde vas.»

Es verdad. A tí no puede seguirte nadie, ni por lo malo ni por lo bueno. Satanás ó arcángel, atravesando los cielos ó vagando por los abismos, siempre vas por los confines del caos, como aquellos genios de Milton, que tú me leías un tiempo. Siempre vas fuera del mundo y fuera del cielo. No es una reprension, Javier; es un aviso que te doy, como esos gritos de presagio que dan si saberlo, las pobres avecillas del mar á los pode-



Episodios de la revolucion del 4 de setiembre. — Destruccion de los emblemas imperiales.

rosos navíos que corren por el Océano. No conoces el rumbo que sigues, y eres como el piloto que se dirige á un continente, pero que no lleva la direccion de un puerto ni la marca de un rumbo. Ese tu ilimitado destino es haber salido de un rio, en que la corriente te arrastraba, á un anchuroso mar cuyas riberas no descubres. Porque anduviste un dia los caminos de la disipacion, te parecen ahora claros y anchurosos los subterráneos del misterio. Porque trepaste un dia senderos de error, porque resbalaste por precipicios de crimen, creiste necesitar grutas de expiacion, sepultarte en Tebaidas de trabajo; y tus grutas son cavernas, y tus cremíticos santuarios, soledades ateridas... ¿Qué te ha de bastar?... ¿Quién te ha de poder seguir?... Ni tú mismo te bastas, ni tú mismo te sigues; y el que no sabe el camino, no tiene nunca reposo. Tú llevas en tu vertiginosa carrera la maldicion de aquel que no puede pararse nunca. Yo no sé, Javier, si has hecho algo para que esa sentencia sea justa; pero no es posible que hayas merecido que sea irrevocable. Es menester atajar esa carrera y reprimir la vaguedad de ese vuelo. Es menester que tomes un camino en ese desierto, un derrotero en esa navegacion; es menester que reconozcas un Océano. Que la gruta del penitente tenga su cruz y su calavera, que el anacoreta de la Tebaida levante su barraca de palmeras, que el solitario de la Trapa cave una tumba; todo es fijar la limitacion del destino. Cuando no puedes alcanzar á toda la familia humana, y cuando toda la generacion de los desgraciados no te bastara, es menester que haya una familia á quien tú bastes, una familia y una generacion que sea la tuya. Cuando no es dado á tus aspiraciones, mas que devotas, sacrílegas, ser el redentor de los hombres, es menester que seas el redentor de una criatura...

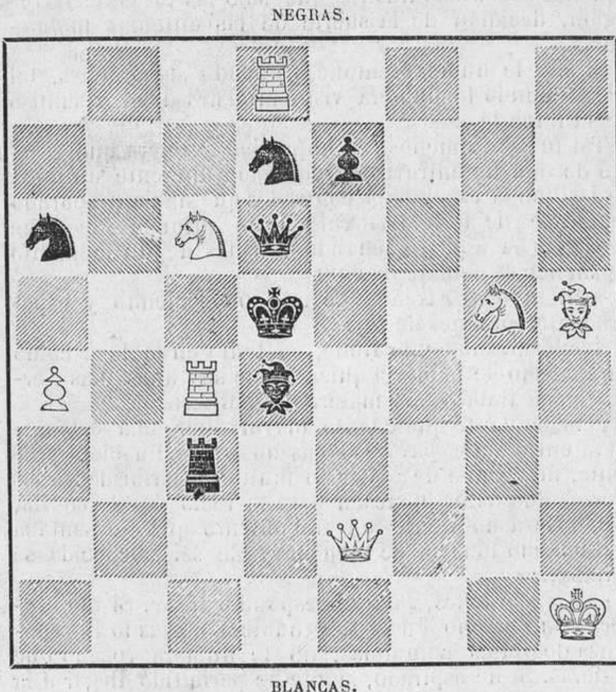
Esa criatura, Javier, no soy yo... Sobre mí tenias derecho, como el Señor sobre Adan, de hundirme en el infierno, al incurrir en tu desgracia. Pero hay un ser en el mundo que tiene sobre tu corazon y sobre tu conciencia los derechos de la pasion y los derechos de la conciencia. La pasion, tú se la inspiraste por el bárbaro placer de probar tus últimas fuerzas en hacer una victima... la inocencia, que clamará mañana al cielo con los gritos de un dolor sin culpa, de una vida sin mancha, de un infortunio sin remedio. Sobre esa vida tengo yo títulos para hablar con severidad y vehemencia, porque tú mismo me los has dado... De tu caridad y de tu mano recibí yo esa mujer en las entrañas de mi ternura. ¡Yo la volví al mundo hermosa y curada para que tú la perdieras!... Te hablo en nombre de

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 323.

- 1 Rª 5ª TR.
- 2 Rª c. Rª
- 3 Rª ó Rª jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 324, POR M. BARBIER.



Las blancas dan jaque-mate en dos jugadas.

esta santa maternidad del corazon, con la que, si no la he dado nacimiento, la he dado dos veces la vida.

Madre soy cerca de tí, Javier... no vengo con severidad ni con amenaza... harlo he dicho de palabras duras y de sentencias severas... olvidalas, perdónalas... Acudo á tí con la humildad del ruego... me postro á tus piés con la piedad de la intercesion... vengo á interesar tu misericordia... vengo á pedirte que ablandes una vez tu alma... que humilles una vez tu frente... ¿Y para qué?... no á mis plantas... Javier... sino para poner sobre ella la diadema del amor mas entusiasta, para embellecer tu existencia con la mas floreciente hermosura, para enlazarla á la juventud mas espléndida que pudiera halagar á un corazon ideal y apasionado... ¡Aun me reservaba el cielo hacerte feliz!...

En este momento algunas lágrimas furtivas corrian por las mejillas de Irene... pero los ojos de Javier bajábanse ardientes, secos y sombríos.

— ¡Qué!... continuaba Irene. ¡Tan pervertido estarás! ¡Tan desheredado de los naturales sentimientos! Tan gastada, tan envejecida tienes el alma, que no responderá tu corazon á las vibraciones de una cuerda que tú mismo prendiste, que no se embriagará tu pensamiento con los perfumes de una fragante azucena que tú mismo plantaste!... tal vez pensarás que fué á la ventura, en el torbellino de una noche borrascosa; ¡ah! ¡en esa tempestad que sobre nuestras cabezas se desencadena, traerán los vientos al valle semillas de tantas flores!... así pudiera el aliento tormentoso de mi espíritu y el torbellino de mis palabras llevar á tu corazon un sentimiento que no te han inspirado de cerca, ni sus gracias, ni su desventura, ni el extravío de su amor, ni el delirio de su fiebre, ni la demencia de la acogida que de ella tuviste, ni la enfermedad de la memoria que de tí le dejaste... ¡Qué!... ¿las tempestades del corazon habrán de ser mas estériles que las de los elementos, y mas devastadoras? Tiende á lo menos la mano á la victima herida del rayo cuando se guarecia bajo el aleve abrigo del árbol pomposo... Vuelve á recoger del campo donde yace derribada, á la que como jinete que huye despavorido de la pelca, dejaste atropellada en tu irregular carrera... ¿Por qué tanta compasion por los infelices que no te pertenecen y tan desapiedadada indiferencia por las desventuras de que eres causa?... El alma que tiene tan exclusiva compasion de padre á una pobre enferma que por acaso has protegido, ¿no puede comprender el apoyo que debe á quien ha dejado segunda vez huérfana?...

(Se continuará).